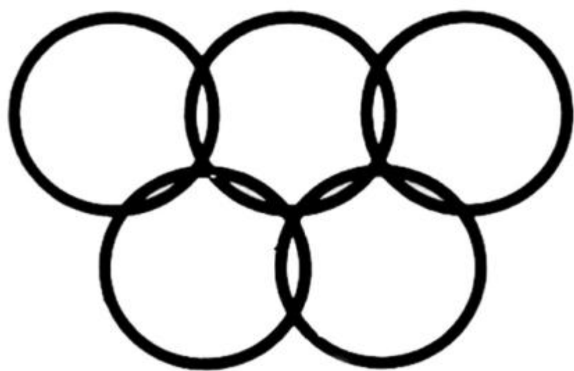


¡EN GUARDIA!

Alex Simmons



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALEX SIMMONS

¡ EN GUARDIA !

Colección
DOBLE JUEGO n.º 12
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048 5
Depósito legal: B. 15.513-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1982

1.ª edición en América: diciembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona — 1982

Si hay un deporte que se ennobleció por sí mismo, renegando de sus crueles orígenes, es el de la esgrima; ninguno como él ha arrancado de cuajo toda idea de violencia; ninguno como él ha demostrado que las armas, mortíferas en el pasado, pueden desnudarse de su frío sentido mortífero, y el que el sangriento acero de otrora es hoy muestra de lucha noble y limpia. Pluge al cielo que los hombres no olviden jamás las palabras de San Mateo: quien usa la espada, morirá por la espada.

L. MERVALL

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Atrás... atrás...! ¡Vamos! ¡Primera, tercera... primera, tercera!

Paul se echó a reír.

Había conseguido acorralar a su adversario —y su alumno al mismo tiempo—, obligándole a retroceder desde el centro del inmenso salón hasta aquel rincón de donde emergía la escalera de caracol que conducía exclusivamente a la biblioteca del castillo.

Detrás del fino trenzado metálico de la careta, Edwin Anderson miró con respeto y temor la silueta de su profesor de esgrima.

—¿Y bien, *monsieur* Anderson? —inquirió Paul con aquella voz cargada de mofa—. ¿Se cree capaz de salir de esa ratonera?

Edwin se mordió los labios.

Respetaba al marqués, pero no podía soportar, como nadie podía, aquel tono de burla constante, aquel desprecio que se palpaba en cada gesto, en cada palabra de Paul Bressiéres.

Como su compatriota Andrew Butter, Edwin Anderson era hijo de una familia acomodada, gente importante de esa Inglaterra que parecía, después de un interregno lleno de dificultades, empezar a prosperar de verdad.

Los Anderson poseían fábricas en Gales. Y mucho dinero. No obstante, habían conservado ese difícil sentido de la democracia que les hacía tratar a sus inferiores jerárquicos como a personas.

Desde su llegada a aquel inmenso y viejo castillo, situado en lo más hondo de la Bretaña francesa, atraído como su amigo por el anuncio aparecido en el *Time,* se percató de que era como si hubiese penetrado en un mundo extraño.

Todo allí, desde los muros a las almenas, desde el puente levadizo —cuyas cadenas cargadas de herrumbre le habían inmovilizado para siempre— a las dos altas torres gemelas, pasando por los dueños de la mansión hasta el último criado... todo era extraño, rígido, brutal y despótico como debía haberlo sido siglos antes.

No tardaron los dos británicos en percatarse de que tanto el

conde como el marqués, padre e hijo, estaban definitivamente arruinados.

Lo atestiguaba el abandono del castillo y la mala calidad de las comidas.

Pero les quedaba el orgullo. Y, respecto a este punto, no temían motivo alguno de envidiar a nadie.

Edwin dejó escapar un suspiro.

—¿Y bien, caballero? —insistió el marqués que seguía empuñando el temible sable.

El joven británico se lanzó entonces a un desesperado ataque. De sus labios brotó un cortísimo ¡en guardia! y repartiendo mandobles a diestro y siniestro, intentó abrirse paso hacia el centro del salón, escapando de aquella infame ratonera que hería profundamente su amor propio.

Sin apenas retroceder más que un par de pasos, Paul paró los golpes y, contraatacando, obligó a su adversario a que volviese a refugiarse bajo la escalera.

Paul se quitó la careta.

Era un hombre alto, de rostro afilado y nariz aguileña. Su pelo rubio estaba cuidadosamente aplastado sobre el cráneo. Un bigotillo igualmente rubio ornaba su prominente labio superior.

Pero era en sus ojos, de un azul muy claro, donde lucía el orgullo de su casta, la suficiencia que le daba el saberse un buen esgrimista y, especialmente, el honor de pertenecer a una rancia familia aristocrática, otrora rica y poderosa, contando con guerreros que habían servido a los reyes de Francia, cubriéndose de gloria en cien combates distintos.

—¡Basta! —dijo sin dejar de sonreír—. No lo ha hecho usted nada mal, *monsieur*… pero le falta temple.

Edwin, que se había quitado la careta, se acercó a su profesor.

—Ha sido usted muy duro conmigo, marqués… si se hubiese tratado de sables con filo natural… ¡me habría usted cortado en rodajas!

—Nunca. Con separar la cabeza del tronco me hubiera bastado…

Soltó una sonora carcajada.

—¡Como hicieron mis antepasados en las guerras contra los ingleses!

Anderson se mordió los labios.

—Entrénese un poco con su compañero —le dijo el marqués—. Voy a ducharme y vuelvo… y no olvide que, con el sable en la mano, lo importante es saber encajar los golpes…

Subió ágilmente las escaleras, pero cuando llegaba al rellano de la primera planta, la voz trémula de su padre le paró en seco.

—¡Paul!

—Voy, padre.

Encontró al conde en el gran salón cuyas paredes mostraban las zonas claras donde en otros tiempos colgaban los cuadros que la necesidad había obligado a ir vendiendo…

Un sencillo televisor en blanco y negro tronaba sobre una mesa demasiado moderna para no desentonar con el sobrio conjunto de muebles del salón.

—¡Ven, Paul!

Con su equipo de esgrima, se había limitado a dejar el sable en la sala de armas, Paul fue a sentarse junto a su padre quien le mostraba la pantalla con un dedo que temblaba un poco.

—¿No es fantástico?

—Déjame escuchar…

En la pantalla, un locutor, con el micrófono en la mano, entrevistaba a un hombre alto, de cabello canoso. El hombre llevaba una chaqueta deportiva a grandes cuadros, una camisa blanca abierta y unos pantalones gris oscuro. Respiraba alegría y salud.

Volviéndose hacia la cámara, el locutor dijo:

—… y aquí tenemos a míster James L. Radcliffe, multimillonario norteamericano y que acaba de darnos la sorpresa de querer convocar, en territorio francés, un torneo mundial de esgrima.

—¿Eh? —dijo Paul atragantándose.

—¡Calla! —instó el conde.

—Hasta ahora —siguió diciendo el locutor—. Francia estaba a la cabeza, por la importancia de premios, gracias al Challenge Mabileau ([1]), el único en el género en su mundo; ahora, todo se derrumba gracias a la iniciativa de míster Radcliffe, quien está dispuesto, a donar un millón de dólares en premios… de los cuales, medio millón irá a parar a los bolsillos del mejor esgrimidor del mundo.

—Pero…

—Calla, hijo… esta puede ser nuestra ansiada oportunidad.

El locutor se volvió hacia el yanqui.

—Míster Radcliffe —dijo—. Nuestros televidentes desearían saber algunas cosas… ¿es que puedo hacerle algunas preguntas!

—Go ahead, chap! (2) —lanzó el hombre—. Pregunte lo que quiera.

—Una primera y obligada pregunta, señor: ¿practica usted la esgrima?

El americano lanzó una sonora carcajada.

—¿Yo? ¡Nunca he empuñado una espada! Bastante tengo con envasar los tres mil millones de latas de conservas que salen de mis fábricas.

—Entonces, señor… ¿a qué se debe su evidente afición a la esgrima?

—A todas las películas que he visto en mi vida, joven. Antes, de niño, cuando apenas tenía más que unos centavos para comer, prefería ayunar antes que perderme una sola película de Douglas Fairbanks. Ahora sigo viéndolas… en video, naturalmente… Es la única cosa que ha conseguido hacerme pasar un buen rato. ¿Cómo quiere que no devuelva a la esgrima todo el bien que me ha hecho?

—¿Y cuál es su propósito?

Volvió a reír el excéntrico multimillonario.

—¿Mi propósito? Primero, tomarme seis meses de hermosas vacaciones en esta hermosa tierra francesa… cuna de los más famosos espadachines del mundo.

—Gracias, señor.

—Después, organizar un campeonato mundial y tener la única ocasión de mi vida de ver con mis propios ojos y al natural a los mejores esgrimistas. ¿Se da usted cuenta?

—Sí.

—Hay hombres como yo, que han luchado toda su vida, que sueñan, cuando son mayores, con lo que no pudieron tener de niños… los unos compran un tren eléctrico… los otros un mecano… ¡Yo deseo únicamente hincharme de ver combates entre gente que maneja el sable, la espada y el florete como nadie!

—¿Dónde se llevará a cabo el torneo?

—En una finca que he alquilado en los alrededores de París.

Estoy construyendo un gran salón capaz de contener los 500 espectadores que serán admitidos… ¡algo verdaderamente estupendo!

—No lo dudo.

—La mansión es lo suficientemente grande como para albergar a todos los espadachines que se inscriban.

—Muy bien.

—¡Imagínese si el torneo Kelly tiene ya importancia… que hemos recibido noticias. Incluso de Rusia!

—¿De veras?

—Sí. ¿Ha oído usted hablar de Zukanov?

—La verdad… no.

—Es el supercampeón de la URSS… Pues bien, ¡va a intervenir en el torneo! ¡Y el italiano Veretti… el as del florete! Oiga, muchacho…

—¿Sí, señor?

—Ustedes, aquí, en Francia, deben tener buenos espadachines, ¿verdad?

—Excelentes, señor; pero, especialmente, un supercampeón…

—¿Quién es ese fenómeno?

—El marqués de Pontignac.

—¿Un aristócrata? ¡Qué emocionante!

La mano del conde se posó sobre el antebrazo de su hijo.

—Están hablando de ti, hijo…

—Sigamos escuchando, padre.

—El marqués —dijo el locutor— es nuestra mejor espada, míster Radcliffe. Entre sus antepasados, se cuentan algunos capitanes de Mosqueteros del Rey.

—Pero… ¡eso es maravilloso! Cuando le vea, creeré estar viendo a Bruce Tavin…

El locutor esbozó una sonrisa.

—¿Se refiere usted al artista de cine?

—¡Naturalmente! Desde Douglas, nadie ha conseguido emocionarme como él… ¡Estaba maravilloso en la última versión que se ha hecho de Los Tres Mosqueteros!

—Perdone, míster… pero eso es cine, con sus trucos y, seguramente, con sus dobles… La realidad es muy otra…

—¿Y usted que sabe, amigo? Tavin es una verdadera maravilla

con la espada... además, está usted hablando del prometido de mi hija...

—Eso es una noticia sensacional.

El americano se echó a reír. Haciendo gestos, se dirigió a alguien que estaba fuera de cámara.

—¡Ven aquí, Kelly, hija mía!

Una muchacha apareció en la pantalla.

Paul se mordió los labios. Nunca había visto a una mujer tan linda como aquella, ni tan regiamente vestida.

Kelly Radcliffe era una muchacha alta, esbelta, con una larga cabellera rubia y unos grandes ojos claros, cuyo hermoso color azul no podía distinguir el marqués en la pantalla de blanco y negro de su viejo televisor.

—Un encanto de criatura, ¿eh, hijo? —inquirió el conde.

—Es muy bella.

—Y muy rica.

Volvieron a prestar atención a lo que ocurría en la pantalla.

—Esta es mi hija —dijo con visible orgullo el multimillonario—. Kelly Radcliffe, mi única hija y mi única heredera...

—Miss... —sonrió el locutor—. Perdone... pero, ¿podemos dar como hecho su compromiso con Bruce Tavin?

Ella sonrió antes de contestar.

—Sí... —musitó con patente emoción—. Nuestro compromiso no se ha hecho aún oficial... pero nos queremos.

—Por supuesto. ¿Y qué piensa usted del campeonato que lleva su nombre?

—Estoy muy emocionada. Como papá, amo mucho a la esgrima. Y es lógico, ¿no le parece? Desde que apenas me tenía en pie, papá me hacía ver las películas que él idolatraba.

—¿Puedo hacerle una pregunta... un poquitín indiscreta?

—Sí.

—¿Considera usted a su prometido tan buen espadachín como se le ve en el cine?

—¡Oh, sí! Bruce es un maravilloso esgrimista...

—Pero... tiene un doble, ¿verdad?

Kelly frunció el ceño.

—Todos los grandes artistas tienen un doble, *Monsieur*... y es lógico, ¿no? Creo que un artista de categoría no deba exponerse

más allá de lo que su papel le permite. ¿O es que no hay dobles en Francia?

—Desde luego. No he querido ofenderla, *miss*...

El locutor se volvió hacia la cámara.

—Y aquí damos finalizado este primer reportaje de un evento de la mayor importancia en el deporte mundial. Gracias a la generosidad de míster Radcliffe, tendremos la oportunidad, dentro de muy poco tiempo, de asistir a los más emocionantes combates...

Paul alargó la mano, cerrando el aparato.

Los ojos del conde brillaban como ascuas.

—¿Te has dado cuenta, hijo mío? ¿No era esta la oportunidad que estábamos esperando?

—Desde luego que sí.

—¿Qué te pasa? ¿Es que dudas de conquistar el primer puesto en ese campeonato, Paul?

—No.

—¿Entonces?

—Hay algo más, padre. Esa pobre estúpida...

—¿La hija de ese ricachón?

—Sí. ¿Cómo puede estar tan ciega como para decir que ese muñeco de Bruce es un esgrimista?

—El amor es ciego.

—¡Pues ya es hora de que alguien abra los ojos a esa tonta!

—¿Qué quieres decir?

Paul se irguió, con los ojos flameantes.

—Quiero decir —repuso— que mi objetivo no va a ser solo ganar ese campeonato... sino... ¡casarme con Kelly Radcliffe!

—Apuntas muy alto, hijo... ese actor...

—¡No pararé hasta que consiga que ese mequetrefe tome parte en el campeonato! Quiero que Kelly vea que no es más que un muñeco guapo...

—¿Y cómo vas a conseguirlo?

—Ya me las arreglaré, padre. Deja eso a mí cuidado... Mañana iré a París, a inscribirme... y a echar una ojeada a esa familia de grillados. ¿Querrás ocuparte de los alumnos, padre?

—Con mucho gusto.

CAPÍTULO II

Al bajar del taxi, que le dejó ante el enorme portalón de hierro forjado, Paul se quedó boquiabierto ante la inmensidad del jardín que se extendía ante la casa.

Pero, una vez que hubo franqueado la entrada, amablemente saludado por un portero vestido con un uniforme que parecía el de un general de Napoleón Bonaparte, caminando por la amplia vereda que conducía a la mansión, se fue maravillando cada vez más y, sin poder evitarlo, sintió los flechazos de la envidia, al comparar aquel lujo con la pobreza del viejo castillo de los Bressiéres.

Vio, ante la escalinata, en la amplia plazoleta, una fabulosa colección de automóviles, a cual más hermoso, todos ellos de marcas norteamericanas.

Subió por la gran escalera de mármol, pero antes de llegar a la entrada, oyó voces a su derecha. Volviéndose a medias, vio una gigantesca piscina en forma de alubia, y no lejos de las aguas azules, dos figuras que, con el equipo completo, estaban batiéndose a florete.

Era evidente que uno de los esgrimistas era una mujer, ya que sus risas cristalinas así lo demostraban.

Kelly —pensó Paul estremeciéndose.

Lanzó un suspiro, oprimiendo el botón del timbre.

Un mayordomo lujosamente uniformado le abrió la puerta.

—¿En qué puedo servirle, señor...?

—Soy el marqués de Pontignac —dijo Paul—. Vengo a entrevistarme con míster Radcliffe... para inscribirme...

—Tenga la amabilidad de pasar, señor marqués —dijo el fámulo haciéndose a un lado—. Tendrá que esperar unos minutos... otro candidato está hablando con el señor... será cuestión de muy poco... ¿quiere sentarse? ¿Desea tomar alguna cosa?

—No, gracias, Permaneceré de pie.

—Como usted desee.

Al desaparecer el mayordomo, Paul examinó el inmenso salón, de cuyas paredes colgaban cuadros valiosísimos. Cuatro preciosas armaduras, perfectamente conservadas, ocupaban las esquinas de la pieza.

Al fondo, una escalera ascendía hacia un rellano donde se dividía en dos tramos, dirigiéndose uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda.

Todo respiraba riqueza, lujo, suntuosidad.

Entornando los ojos, Paul pensó en lo que significaba aquella muchacha… y lo que podía conseguir el hombre que se casara con ella…

Unos pasos firmes, procedentes de su derecha, le hicieron volverse. Saliendo de una puerta de rica caoba, un hombre se dirigía hacia él, mientras que el mayordomo se precipitaba su encuentro.

El hombre se detuvo ante Paul.

Era casi tan alto y delgado como el marqués, con unos ojos fríos como el hielo.

—Hola, Paul… —dijo el otro con una sonrisa tan helada como su mirada.

—Hola, Iván.

El ruso, pues se trataba de Iván Ivanovitch Zukanov, la mejor espada de la URSS, amplió su sonrisa, mostrando una doble hilera de dientes pequeños e iguales.

—Por fin vamos a tener la ocasión de enfrentarnos, marqués… algo que estaba esperando desde hace mucho tiempo.

—Así lo espero… y lo deseo…

—Yo también —rezongó el ruso—. No quiero morirme sin hacer morder el polvo a un aristócrata.

—Entonces, morirás sin haberlo conseguido.

Algo se encendió en las gélidas pupilas de Zukanov.

—¡Lástima que las armas lleven botón! —dijo.

Paul le devolvió la mirada.

—Eso puede arreglarse, Iván… la verdad es que me complacería mucho comprobar si la sangre de un rojo es tan roja como dicen.

—… y a mí me gustaría ver un charco de sangre azul en el suelo…

—Es posible que la ocasión se presente.

—Así lo espero.

El ruso continuó su camino, mientras que Paul esperaba el regreso del mayordomo.

—Tenga la amabilidad de pasar, señor marqués.

Momentos después, Paul penetraba en el majestuoso despacho del multimillonario americano.

* * *

—Touché!

Quitándose la máscara, Bruce Tavin se echó a reír.

—¡No puedo contigo, Kelly! ¡Eres una verdadera artista con el florete!

—¡Tonto! —exclamó ella quitándose, a su vez, la máscara.

Y acercándose a él:

—¡Me has dejado ganar, Bruce! Bajaste la guardia en el momento en que yo iba a tirarme a fondo...

Se besaron.

Luego, bruscamente serio, el joven:

—Debo irme, cariño. Mi avión sale dentro de un par de horas.

—¡Iré contigo hasta el Charles de Gaulle!

—No te molestes, amor... tendrás que regresar sola, atravesar París... con toda esa circulación...

—Ya sabes que me encanta conducir. ¡No digas más! Te llevaré en el Jaguar.

—Está bien, está bien... no se puede contigo, Kelly... anda... vamos a despedirnos de tu padre.

—Vamos. ¿Quieres que nos cambiemos antes?

—No. Lo haremos después... además, ya sabes cómo le gusta vernos así.

Echaron a andar hacia la casa.

* * *

—Es un verdadero honor para mí, señor marqués.

—Igual digo.

—He oído hablar mucho de usted... pero, ¡siéntese, por favor! Voy a servirle un vaso de vino de Mosela... ¡algo excelente!

Sirvió los vasos, chocando con el del francés antes de beber el suyo de un solo trago.

—¡Una verdadera maravilla! —dijo chasqueando la lengua—. Nada de esto podemos tener en los Estados Unidos, a no ser que lo importemos. Hay algunos vinos, sí, en California... pero no pueden compararse a estos caldos.

Volvió a llenar su vaso.

—Como le iba diciendo —prosiguió luego—, he oído hablar mucho de usted, en los USA... vi algo en televisión;... y cuando pude contemplar su hermoso castillo. Porque, tiene usted un castillo, ¿verdad?

—Sí.

—Debe ser estupendo practicar la esgrima en un ambiente que tan bien le va, ¿no?

—Sí, es muy agradable.

—Aquí, he hecho lo posible por dar al salón de armas que se está ultimando, todo el sabor de un lugar de la Edad Media... deseo que los combates se celebren en un ambiente conveniente...

—Me parece perfecto.

—Creo que será un éxito.

—No lo dudo.

—Y... hablando de competidores, ¿ha visto usted salir de aquí a ese famoso espadachín ruso?

—Sí.

—¿Lo conocía usted?

—Nos conocemos, pero nunca hemos tenido oportunidad de medir las armas.

Los ojos de James brillaron astutamente.

—¿Es... tan bueno como dicen?

—Es un excelente espadachín, señor... con solo un defecto.

—¿Cuál?

—El odio.

Radcliffe frunció el ceño.

—¿El... odio? No entiendo.

—Iván odia al contrario y se deja llevar por la rabia... Eso es muy malo, señor Radcliffe. Ninguna pasión es buena cuando se empuña un arma.

—¿Y qué me dice usted de Veretti? El italiano me ha anunciado

su llegada…

—Un excelente esgrimista, señor… pero cargado de orgullo.

—¿Otro… defecto? —sonrió el millonario.

—Y muy grave, míster.

—Entonces, según usted, ¿qué cualidades debe tener un buen esgrimidor?

—La frialdad, señor… y la seguridad en la victoria.

—¿Son esas… sus cualidades, marqués?

—Desde luego que sí. Hay algo más, señor: hay que ser frío, inconmovible e implacable. Desdichadamente, los viejos combates ya no existen.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que la vida del actual esgrimista no corre peligro alguno. No se inventaron los sables, las espadas y los floretes para jugar, señor Radcliffe. Se inventaron para matar. Y cuando uno se encuentra ante un adversario que viene por la vida… ¡quitársela es el mejor premio que puede recibirse!

James se estremeció.

—¿No exagera usted un poco, marqués? Siempre oí decir que la esgrima era un noble arte.

—Y lo es. ¿Ha empuñado usted algún arma, señor?

—Para jugar un poco… nada más.

—Comprendo. Pero, no se puede jugar con un arma, míster… Hay algo en el acero que se empuña que penetra en el cuerpo como una vibración especial… espada, sable o florete, cuando se tiene en la mano, proporciona una potencia que invita a usarlos… de verdad.

—Es terrible.

—Imagínese usted que coge una de las viejas armas que penden de las panoplias de mi castillo. Todas ellas, sin excepción, probaron la sangre de los enemigos de los reyes de Francia. Y esa sangre, que aún macula sus hojas bien templadas, ejerce sobre quien las empuña una acción que arrastra a volverlas a empapar de nuevo en sangre…

—¡Cielos! —no pudo por menos de exclamar el americano.

Había algo que no le gustaba en el marqués; algo oscuro, profundamente oculto, que hubiera deseado descubrir. Pensó, no obstante, que Paul exageraba la nota y que los recuerdos de las

hazañas acometidas por sus antepasados debían haber influido en su manera de pensar.

Afortunadamente para James, la puerta se abrió en aquel momento, dando paso a los dos jóvenes que, con la careta bajo el brazo y florete aún en la mano, entraron riendo en la estancia.

—¡Oh! —exclamó Kelly apercibiendo a Paul—. Creíamos que estabas solo.

Paul se puso en pie.

—¡No importa, hija! ¡Pasad!

Y cuando estuvieron junto a él:

—Es una suerte que hayáis llegado ahora... así tendré la oportunidad de presentaros al marqués de... ¿cómo dijo usted...?

—Pontignac... a sus pies, señorita...

Y mirando fríamente al artista de cine.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

—¡No sabéis lo que os habéis perdido! —rio James—. Justamente, hace unos instantes, el marqués me estaba contando cosas que me han puesto los pelos de punta. ¡Tiene una colección de armas que están aún manchadas con la sangre de los que mataron! Y posee un castillo...

—¡Qué interesante! —dijo Bruce sin mala fe—. Tendré que echar una ojeada a ese castillo... me gustaría mucho rodar algunas escenas en un escenario natural.

Paul le lanzó una mirada burlona.

—Creo que se sentiría incómodo en mi castillo, señor. Allí, nunca empleamos armas de mentirijillas.

Visiblemente ofendido, Bruce frunció el ceño.

—¿Qué ha querido usted decir, marqués?

—Que las clases que damos en el castillo no tienen nada que ver con las mamarrachadas que se ven en la pantalla... ¡Por favor, señorita! ¡Déjeme su florete!

Kelly, entre sorprendida e indignada, no pudo hacer más que obedecer.

Paul dobló la hoja, tanteando su temple.

Luego, mirando a Bruce, con la misma luz burlona en los ojos.

—¿Sabe usted lo que es un tour de main, señor?

—Yo... no...

—Voy a enseñárselo. Es muy posible que, en su próxima película, lo utilice con gusto… ¡hará muy bonito!

—Pero…

—¡En guardia, *monsieur*!

Dejando caer la careta, Bruce se puso en guardia.

Alarmado, Radcliffe intentó intervenir.

—¡Oh, no! Pueden ustedes hacerse daño, muchachos…

—Deje, señor —replicó Bruce.

—Eso está bien —sonrió Paul que se había puesto en guardia—. Me gusta la gente que desea aprender… ¿Adelante?

—Adelante.

Chocaron las hojas, y entonces, apenas transcurridos dos segundos, el florete que empuñaba Bruce saltó por los aires, yendo a caer en el otro extremo del despacho.

—¡Oh! —exclamó el millonario.

—Ahí tiene usted un ejemplo —dijo Paul devolviendo el arma a Kelly— de lo que es la verdadera esgrima. Por suerte para usted, no ha cometido la tontería de apuntarse al campeonato…

Intensamente pálido, Bruce leyó en los ojos del francés todo el desprecio del mundo.

No pudo resistirlo.

—Acaba usted, señor —dijo sonriendo un tanto tenso—, de darme una estupenda idea…

Y volviéndose hacia el millonario.

—Ruego que acepte mi candidatura, señor Radcliffe.

—Pero…

—¡Oh, no, Bruce! —exclamó Kelly acercándose a su prometido —. ¡Tú no puedes hacer eso!

—Tengo que hacerlo querida…

Miró con extraña fijeza al francés, directamente a los ojos.

—Tengo la esperanza, *monsieur* —le dijo—, de vencerle.

Paul se echó a reír.

—Sea como sea, señor Tavin, es usted un valiente… y al mismo tiempo, perdone usted mi crudeza, el mayor loco con el que haya tropezado jamás.

* * *

—Creo que has obrado con demasiada precipitación, hijo.

Paul se echó a reír.

—Me hubiera gustado que vieras los ojos de la chica, papá. ¿Es que no lo comprendes? Su padre le ha enseñado a admirar el arte y la destreza como valores positivos de un hombre. Yo vi cómo me miraba, padre. En aquellos momentos, estoy seguro… ese idiota de actor le pareció una hormiga al lado de un mastodonte.

—¿Hablaste luego con ella?

—Sí. Emocionado por lo que acababa de demostrarle, su padre me invitó a comer en su casa. Ella llegó un poco tarde, ya que había acompañado al idiota de Bruce al aeropuerto.

—¿Y bien?

—En la mesa, dije cosas muy buenas. Hablé de los tiempos en los que un hombre se medía por el arma que empuñaba… y de cómo un caballero de verdad defendía a su dama con la espada en la mano…

—… como Iván Zukarov habría defendido a Nadia Stefanovna, si hubiera estado en París, ¿no, granuja?

Paul lanzó una carcajada.

—No me lo recuerdes, padre. ¿Sabes que he visto a Iván en casa del americano?

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y no te ha retado?

—Lo ha hecho.

—Ten cuidado con ese hombre, hijo.

Paul se encogió de hombros.

—¡Ojalá lo encontrase en cualquier parte, con armas sin botón protector!

—Está lleno de odio.

—Lo sé.

—Hablemos de la chica. Cuéntame algo más.

—Vas a quedarte patidifuso: quiere que le enseñe esgrima.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Y su padre va a pagarme lo que quiera… es decir, me hubiese pagado lo que quisiera.

—¿Qué quieres decir?

—Que le dije que enseñaré a Kelly completamente gratis.

—¿Estás loco, Paul? ¡Estamos de deudas hasta los ojos!

—Pronto pagaremos a todo el mundo, padre… y levantaremos la hipoteca del castillo, y lo remozaremos desde el foso a la almenas.

—¡Ojalá no te equivoques!

—No, padre, no me equivoco. Pasado mañana vuelvo a París. Me instalaré en la mansión de míster Radcliffe… y te juro que acabaré convirtiéndome en su yerno.

CAPÍTULO III

Dos años antes, en el Krazov, el mejor restaurante ruso de la capital francesa, una joven recién llegada de la URSS, estudiante de Arte, penetraba en el lujoso local, acompañada por Fedor Ivanovitch Zukarov, el hermano de su prometido que la acompañaba en su viaje a Occidente.

Nadia era una muchacha muy bella a la que sentaba maravillosamente bien el traje ukraniano que se había puesto para aquella salida nocturna. Sus largas trenzas doradas caían sobre la blanca camisa rusa con bordados de oro.

Nadia había llegado a París para presentar, una exposición de acuarelas, finamente hechas, bajo el tema general de Brumas del Don.

—Ha sido todo un éxito —dijo Fedor mientras se desprendían de sus abrigos en la guardarropía—. ¡Vas a convertirte en una celebridad, Nadiuska!

—No exageremos, Fedia —repuso la muchacha cuyas mejillas se habían arrebolado—. No soy más que una principianta.

—¡Vamos, vamos! No seas modesta, madrecita.

Momentos después, sentados a la mesa, eran atendidos por el imponente *maître* Kalienski que, como todos los camareros, iba vestido de cosaco.

—Además de las especialidades de la casa —dijo el *maître*—, hoy reservamos a nuestra selecta clientela un espectáculo que les emocionará.

—¿Bailes cosacos? —inquirió Fedor.

—Eso será el aperitivo, gospodin (señor) —repuso el *maître*—. El plato fuerte será... otra cosa. ¡Un combate a sable!

Los ojos de la pareja se encendieron.

—¿Es posible? —inquirió ingenuamente la muchacha—. Mi prometido es el campeón de esgrima de todas las Rusias.

—Ojalá estuviese aquí, señorita. Gozaría como nadie, ya que hoy van a enfrentarse dos hombres extraordinarios.

—¿De veras? —rezongó Fedor—. Yo también soy esgrimista... no tan bueno como mi hermano mayor, ya que no obtuve más que el segundo puesto en la clasificación nacional.

—Pues va usted a pasarlo muy bien, señor.

—Eso espero.

El espectáculo de danzas era verdaderamente magnífico; pero, tanto Nadia como Fedor esperaban ansiosamente que les llegase el turno a los esgrimidores.

Finalmente, mientras un reflector caía sobre él, el *maître*, en el centro de la pista, requirió silencio para decir luego:

—Señoras y señores... el Krazov, sin reparar en sacrificios ni gastos, se honra en esta noche excepcional en brindarles un combate a sable entre...

Su brazo izquierdo se alzó horizontalmente.

—... Alexis Gregorivitch Anienko, campeón de los emigrados rusos en Francia...

El ruso salió, inclinándose ante el público. Llevaba pantalón de esgrima, pero su torso estaba desnudo.

—... y el conde de Pontignac, campeón de Francia...

Paul, de la misma guisa que su contrario, saludó, a su vez.

—Nadia...

—¿Si?

—¿No irán a luchar así, verdad?

—¡Espera!

Y la voz del *maître*.

—No se trata, señoras y señores, de un combate de salón. Pero —se apresuró a agregar abriendo los brazos—, puedo asegurarles que ninguno de los combatientes va a morir. Gracias a Dios, pasaron ya los tiempos del Circo Máximo...

Hubo algunas risas.

—Ya veo —dijo el hombre sonriendo a su vez— que algunos de nuestros queridos clientes sonríen. Está bien: digamos las cosas como son. Para los espíritus delicados, una afirmación rotunda: nadie va a morir aquí... pero, para los ansiosos de emociones fuertes, una juiciosa observación: será vencedor el que hiera a su adversario...

Se acercó a una de las mesas, seguido por el cono luminoso del reflector.

—¡Oh, no, madame! No se ponga usted pálida, por favor... ya he dicho que nadie va a morir... pero estos dos caballeros que se disponen a batirse a sable, son dos ilustres maestros de armas. Y para demostrar su pericia, han de demostrar al mismo tiempo su valor.

Retrocedió hacia el centro de la pista.

—¡Atención, señoras y señores! ¡El combate va a empezar!

Fedor se inclinó hacia Nadia.

—Todo esto me suena a bluff, Nadiuska.

—No seas aguafiestas, Fedia —sonrió ella—. Además, no debes anticipar acontecimientos. Puede que sea mejor de lo que piensas.

—Ya veremos —replicó el ruso nada convencido.

Fue en aquel momento cuando una voz rompió el silencio que se había hecho.

—¡En guardia!

Chocaron las puntas de los aceros, dando comienzo el combate. Casi enseguida, Anienko se lanzó ferozmente sobre su enemigo, dirigiéndole una serie de golpes formidables, que el marqués paró con seguridad.

—¿Y bien? —inquirió Nadia con aire triunfal.

Fedor se encogió de hombros.

—Comedia, pura comedia... —dijo en voz baja.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —preguntó la muchacha, indignada—. ¡Se baten como leones!

—Escucha, Nadiuska. Parece mentira que seas la prometida de un campeón de esgrima. Estos dos tipos son buenos, no lo niego, pero lo que están haciendo es una comedia. Se han aprendido el combate de memoria... fíjate... siempre siguen un orden perfecto en los golpes y paradas... segunda, cuarta, quinta, sexta, primera...

—¡Eres odioso!

Fedor se echó a reír.

—Perdona, madrecita. No quería estropearte el espectáculo; pero, para personas como yo, esto es una burla, casi un insulto.

—¡No vas a pedirles que se maten!

Fedor no contestó.

Miró a los dos esgrimistas con verdadero desprecio. Su hermano Iván le había enseñado, casi desde niño, a amar el noble arte de la esgrima. Y como todos los deportistas puros, le parecía odioso que

algo tan hermoso se convirtiera en una bufonada destinada a engañar al público.

Más le hubiera valido no pensar así.

* * *

—No me gusta el curso que siguen mis pensamientos, Miriam.

La joven pintora sonrió. Estaba dando los últimos retoques a un lienzo de tamaño que representaba la iglesia del Sacre Coeur.

Miriam O'Sullivan era una vieja amiga de Kelly. Habían estudiado juntas en los Estados Unidos. Luego, Miriam, que quería ser pintora, se trasladó a París, instalándose en un pequeño estudio, en pleno Montmartre, donde ahora se encontraban las dos amigas.

—¿Y cuáles son esos pensamientos que te asedian, Kelly?

—Mejor deberías decir que me atormentan.

—Como quieras.

—¿Has estado enamorada alguna vez, Miriam?

La pintora se encogió de hombros.

—No he tenido tiempo de ello. El Arte me absorbe por completo.

—Puede que, después de todo, sea una suerte. De todos modos, ¿qué pensarías sí, de repente, el hombre al que amas perdiera todas las cualidades que le encontraste al conocerle?

—¿Te refieres a Bruce?

—Sí.

—Yo sigo encontrándole un buen montón de cualidades —sonrió Miriam—. Es inteligente y muy bueno...

—Y muy bien parecido.

—Eso, para mí, es de importancia secundaria. He tenido ocasión de hablar con Tavin... y lo que más me ha llamado la atención en él, ha sido la bondad, la inteligencia y la cultura que se ha ido haciendo... a su modo.

—¿Qué quieres decir?

—Que Bruce está muy lejos de parecerse a esas estúpidas estrellas de Hollywood, que rezuman necio orgullo y se creen superiores a los demás mortales.

—Muy interesante.

—Tavin nació de una familia más bien pobre. Su afán por el

Arte, le empujó al teatro... tuvo que luchar mucho, trabajar mucho y sufrir más aún.

—Eso lo sé.

—¿Y te parecen pocas cualidades?

—A mis ojos, hay algo más importante.

—¿Puede saberse el qué?

—El valor.

Miriam se volvió hacia su amiga.

—By Jove, Kelly! Te recuerdo que estamos a finales del siglo XX.

—No importa. Me gustan los hombres valientes, decididos, audaces...

—¿Y Bruce no lo es?

—No como yo pensaba.

La mano de la pintora se posó amistosamente en el antebrazo de la hija de Radcliffe.

—Venga, desembucha, Kelly.

Y Kelly le contó lo ocurrido en su mansión de las afueras de París. Miriam la escuchó sin interrumpirla una sola vez.

—Eso es todo —dijo Kelly al terminar su relato—. ¿Qué te parece?

—Que tu asété éblouie par cet homme!

—Ya sabes que todavía no sé el suficiente francés como para entenderte.

—He dicho que ese hombre te ha deslumbrado.

—¡No podía ser de otro modo! Todo deslumbra en él.

—Cuidado, Kelly. No conozco al marqués, pero por lo que me has contado, deduzco cosas nada agradables sobre él.

—Es un hombre encantador, todo fuego y audacia. Hasta mi padre se quedó viendo visiones. ¡Si hubieras visto cómo desarmó a Bruce! Y... Tavin se quedó tan tranquilo.

—¿Qué hubieses hecho tú en su lugar?

—¡Abofetear al marqués y retarle en duelo a muerte!

—¡Por Dios, Kelly! Ya sé que, desde niña, has sufrido la influencia de tu padre... pero ya no eres un bebé, amiga mía. ¡Despierta! No estamos en época de espadachines y malandrines... ¡afortunadamente!

—Estoy dejando de querer a Bruce.

Miriam lanzó un suspiro.
—¿No irás a decirme que te has enamorado del otro?
—No, todavía no, pero me atrae mucho.
—¡Cielos! ¿Lo has pensado bien?
—Sí. Le he dicho a Paul que deseaba aprender esgrima. Vendrá a vivir con nosotros.
—¡Es una locura!
—¿Por qué?
—Vas a destrozar el corazón de Tavin. Te quiere con locura, y tú lo sabes.
—Si me quisiera de verdad, lo habría demostrado, el otro día, ante el marqués.
—Ten mucho cuidado, Kelly —le advirtió Miriam. Pero sabía que estaba perdiendo el tiempo; conocía lo suficientemente a su amiga como para saber que Kelly no haría caso alguno de sus consejos.

* * *

En aquel momento y en curso del tercer asalto, el ruso emigrado pareció cometer un error terrible. Y el sable de su adversario picó su desnudo hombro izquierdo, haciendo brotar un chorro de sangre.
—¡Alto! —gritó el *maître* que hacía de juez del combate.
Un médico, que estaba junto a la puerta, corrió a atender al herido.
Volviéndose hacia el público, que aplaudía a rabiar, el *maître* se inclinó ceremoniosamente.
—Gracias, gracias... como han podido comprobar ustedes, el combate merecía la pena. Y aquí tienen ustedes al vencedor... el señor Paul Bressiéres, marqués de Pontignac.
—¡Un momento!
Fedor se había levantado. Nadia le cogió por la manga de la chaqueta, como si intuyese lo que iba a pasar. Se había puesto mortalmente pálida.
—¡Por favor, Fedia! —suplicó.
Frunciendo el ceño, el *maître* se volvió hacia el cliente que acababa de incorporarse.
—Monsieur?

—Quisiera decir algo —dijo Fedor—, en nombre del noble Arte de la esgrima. Soy esgrimista, subcampeón de la Unión Soviética y hermano del campeón, Iván Ivanovitch Zukarov…

—Muy honrado, caballero, pero…

—¡Déjeme continuar! El triste espectáculo que ustedes acaban de ofrecernos es, hablando sinceramente, una repugnante bufonada. Todo estaba previsto, estudiado… y si han podido ustedes engañar a los que nada saben de esgrima, a mí, personalmente, me han causado una penosa experiencia.

—Usted perdone, señor… pero no creo que deba usted seguir ofendiendo a este establecimiento. El Krazov solo intenta distraer a su selecta clientela…

—¡Limítense entonces a ofrecernos bailes ukranianos!

—Un momento, *monsieur* Lepail.

Paul se había adelantado, con el sable aún en la mano. Sus ojos fríos se posaron en el rostro colérico del joven ruso.

—Comparto su opinión, señor…

—Fedor Ivanovitch Zukarov.

—Comparto su opinión, señor Zukarov —repitió el marqués—, pero no su crítica ni su desprecio. Como acaba de decir, muy bien, el señor Lepail, esto no es más que un motivo de diversión para nuestros queridos clientes…

—¡Y una solemne bufonada! —lanzó el ruso.

Una risa siniestra se pintó en los labios de Paul.

—Sus ofensas —dijo hablando despacio— no me rozan… mientras siga usted ahí, en su mesa, vanagloriándose de un valor del que seguramente carece…

—¿Eh?

—Si lo que mi adversario y yo hemos hecho, es para usted una bufonada… quizás desee, si tiene el coraje suficiente, cosa de la que me permito dudar muy mucho, medirse conmigo.

—¡Desde luego que sí!

—¡Fedia! —gritó Nadia.

—¡Déjame!

Se apartó de la mesa, yendo al centro de la pista.

Monsieur Lepail cogió al marqués por el brazo.

—Por favor… no, no lo haga, señor marqués. No olvide que esto no es un campo de honor… la policía…

—No tema nada —dijo Paul en voz alta para que todos le oyesen—. No llegará la sangre al río. Solo deseo dar a este mequetrefe la lección que merece.

—Le ruego que…

—¡Basta!

La voz de Paul sonó como un trallazo.

Luego, el marqués, sonriendo a su adversario.

—Puede usted pasar a los vestuarios y escoger un equipo… y un sable, señor. Yo seguiré como estoy, sin peto ni careta.

—¡Yo lo haré igual!

Una emoción intensa se había apoderado de los espectadores. Pálido, el *maître* se dirigió a la puerta, ordenando al cosaco que era el portero de cerrarla, sin dejar entrar a nadie más.

Momentos después, Fedor salía a la pista, vestido como el marqués, con el torso desnudo y empuñando un sable.

Lepail intervino de nuevo, con voz casi lloriqueante.

—Por favor, caballeros. Van ustedes a provocar mi ruina. Todo lo que poseo es este local y…

—No tema nada —le dijo Paul—. Comprendemos sus temores, y creo que el caballero estará de acuerdo, para evitar serios disgustos y la intervención de la policía, que limitemos nuestra esgrima a golpear con la hoja, sin nunca utilizar el corte del sable. ¿Qué le parece, señor Zukarov?

—¡Aceptado!

Paul esbozó una sonrisa.

—De esta manera —dijo dirigiéndose también a los espectadores—, nadie resultará herido.

Hizo una corta pausa, sin dejar de sonreír.

—No, no pongan esas caras, ya que no saldrán defraudados. Lo ancho del sable —y alzó el arma para que todos la viesen—, la hoja, es terriblemente dura. No se verán los golpes… ¡pero se sentirán!

Lanzó una breve carcajada y volviéndose hacia el ruso.

—Cuando usted desee, señor. ¿Dispuesto para iniciar la nueva bufonada?

—¡En guardia! —rugió Fedor.

Chocaron las puntas de los sables.

Zukarov estaba rebosante de cólera, pero se dijo que debía

dominar su rabia, demostrando a aquel mamarracho aristócrata lo que era un sable.

Lanzó un golpe hacia la cabeza de su adversario, que el marqués detuvo con una parada en quinta. Describió el sable del ruso un rápido círculo, lanzando un nuevo golpe sobre el hombro derecho de Paul.

Bressiéres paró impecablemente y, sin detener su arma, la proyectó, de plano y con todas sus fuerzas, sobre el brazo derecho del ruso.

Fedor sintió como si alguien acabase de ponerle un hierro al rojo vivo sobre la carne. El dolor se extendió por el hombro, y apenas si le quedaron fuerzas para sujetar el arma.

Se mordió los labios.

Entonces llegó al segundo golpe, sobre el hombro opuesto. Esta vez, Fedor se tambaleó, sin tiempo para pensar en parar el nuevo golpe, esta vez aplicado con demoníaca fuerza, siempre con el canto del sable, en el lado izquierdo del cuello.

El golpe fue tan brutal, que Fedor cayó de rodillas, al tiempo que el marqués retrocedía, manteniéndose en guardia, pero sin seguir acosando a su oponente.

—¡Basta! —gritó estentóreamente el *maître*.

Abandonando la mesa, con los ojos arrasados de lágrimas, Nadia se precipitó hacia Fedor, al tiempo que el médico llegaba a su lado para atenderle.

Implacable, frío como el hielo, Paul, se acercó también. Sus ojos se encontraron con los de la muchacha.

—¡Es usted un miserable! —lanzó ella.

El marqués sonrió.

—En otra época, mi hermosa dama —dijo en voz alta—, usted sería el premio a mí victoria. ¡Lástima! Porque, con toda seguridad, lo pasaría mejor a mí lado que al de ese pobre estúpido.

—¡Tenga cuidado, marqués! —rugió la rusa—. Iván, mi prometido, no olvidará lo que ha hecho usted con su hermano. Y un día, estoy segura, le hará pagar esto…

—Encantado, *mademoiselle*. Pero, si he de matar a su prometido, espero que sea usted el premio que habré de recibir.

CAPÍTULO IV

Sobre los carriles, la cámara llevaba a cabo un largo travelling, siguiendo la actuación de los dos espadachines, vestidos de Mosqueteros del Rey, dentro del escenario de un viejo castillo.

Moviéndose entonces, desde más atrás, la cámara número 2, montada sobre la alta grúa, empezó a desplazarse, dispuesta a captar los picados con que la secuencia terminaba.

Bradley, el director del film *El vizconde de Bragelonne,* que se estaba rodando en los estudios Pinewood, en Inglaterra, seguía atentamente las evoluciones de los dos espadachines.

Acosado por su enemigo, Bruce Tavin que representaba el papel de d'Artagnan, iba acercándose peligrosamente al borde de la escalera del castillo, separada del suelo del salón por una altura de unos cuatro metros.

—¡Corten!

Se inmovilizaron los artistas, y Bradley, volviéndose:

—¡Le toca a usted, O'Neil!

Un hombre, tremendamente parecido a Bruce, vestido como él, se adelantó hacia el plato.

Al acercarse al artista, le sonrió amistosamente.

—Déjame tu sitio, Bruce… pero, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Llevas unos días terribles, muchacho. Desde que regresaste de Francia.

—Tengo que hablar contigo.

—Cuando quieras.

—¡Vamos! ¡Vamos! —instó el director—. ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

Momentos después, su voz cortaba el silencio.

—¡Acción! ¡Rueden!

Las cámaras se pusieron en marcha.

El nuevo d'Artagnan peleó valientemente con su adversario, pero dos nuevos mosqueteros, ambos del cardenal, el otro era un

traidor que llevaba el uniforme de los del Rey, obligaron al bravo gascón a retroceder hasta el mismísimo borde.

—¡Cámara 2! —lanzó el director.

Imitando maravillosamente bien a un hombre que pierde el equilibrio, el doble de Tavin se precipitó al vacío, dando una vuelta completa sobre sí mismo de forma a caer de pies algunos metros más abajo. Alzando la espada, sonriente, lanzó una carcajada hacia sus burlados enemigos.

—¡Corten!

O'Neil salió del plato.

—¡Magnífico! —le dijo Bradley.

—Gracias.

Abandonando el recinto, Cameron se dirigió hacia el camerino de Tavin, cuya puerta empujó sin llamar.

De espaldas a él, ante el espejo, Bruce se quitaba el maquillaje, sin haber requerido los servicios de los especialistas del make-up.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? —inquirió Cameron sentándose a horcajadas en una silla que acercó a la del artista.

Bruce miró al otro en el espejo.

—He tenido carta de Kelly —dijo con un hilo de voz.

—¿Y bien?

Cameron O'Neil no era solamente el doble de Bruce, sino su mejor amigo. Le había doblado en la totalidad de las películas que Tavin había hecho, tanto en Inglaterra como en Hollywood.

Tavin lanzó un suspiro«

—Ha roto conmigo.

—¡No es posible!

Bruce asintió tristemente con la cabeza.

—Me lo estaba temiendo —dijo.

—¿Te refieres a lo que me contaste que ocurrió en París?

—Sí.

—No puedo creerlo.

—Pues… así es, Cameron. Nunca creí que Kelly pudiese ser tan… superficial.

—¿La sigues queriendo, verdad?

—Con locura.

—Lo sé; pero, como te dije cuando me contaste todo lo que pasó en la casa de míster Radcliffe, cometiste un grave error al

inscribirte en el campeonato.

—Ahora estoy más contento que nunca de haberlo hecho.

—No estoy de acuerdo. Conozco al marqués.

Tavin se volvió, clavando su mirada en los ojos de su amigo.

—¿Le conoces?

—Sí. Hace seis años formé parte del equipo británico en un campeonato anglo-galo de esgrima.

—¿Peleaste con él?

—Sí.

—¿Y...?

—Hicimos combate nulo. A espada.

—¿Es tan bueno como dicen?

Cameron reflexionó unos instantes, antes de contestar.

—Sí —dijo luego—. Es muy bueno.

—¡Sigue! —exclamó Tavin mordido por la impaciencia.

—Es muy bueno —repitió muy despacio Cameron—. Pero hay algo en él que yo no conocía entonces. Por eso consiguió que igualásemos en puntos.

—¿De qué se trata? ¡Me tienes sobre ascuas!

O'Neil sonrió.

—No te enerves, Bruce, amigo mío. Con tu carácter vehemente, te convertirías en un muñeco ante un hombre como Paul. Cómo te iba diciendo, el marqués, cuando pelea, no piensa en la victoria.

—¿En qué piensa entonces?

—¡En matar!

Tavin no dijo nada.

—Es un asesino —prosiguió Cameron—, frío como el hielo. Estoy seguro de que, cuando empuña un arma, daría cualquier cosa porque el combate fuese a muerte.

—No le tengo miedo.

—No es miedo lo que hay que tenerle, Bruce, sino conocerle... y adoptar ante él su misma idea de lo que es un encuentro. Yo sé —y su voz se apagó un tanto— que el marqués acabará mal, atravesado de parte a parte por una espada o un florete.

—¡Daría cualquier cosa por ser yo quien le matase!

—No digas tonterías.

—Cameron.

—¿Sí?

—Quiero que me enseñes esgrima. Robaremos tiempo al tiempo, durante la noche, en los descansos… ¡cuando sea! Quiero prepararme, amigo mío. Y vencer a ese canalla que me ha robado el corazón de Kelly.

—No exageres.

—No exagero. ¿Sabías que se ha convertido en el profesor de esgrima de mi ex prometida? ¿Sabías que vive en la casa de James? ¡No le conoces, Cameron!

—Pues claro que le conozco. Y sé que no piensa más que en los millones de míster Radcliffe.

—¡Al diablo los millones! A mí, quien me importa es Kelly. ¿Aceptas? ¿Me enseñarás?

—Ya sabes mucho.

—No lo suficiente. ¡Quiero ser mejor que él!

—Va a ser difícil.

—¡No me importa! ¡Robaré horas al sueño! ¡Haré lo que tú me digas!

—De acuerdo —dijo sencillamente Cameron.

* * *

—¡No, no, señorita Radcliffe! En el florete, no es el brazo quien trabaja, sino la muñeca. ¡Solo la muñeca!

—Perdón, marqués…

Paul se echó a reír.

—¿Por qué no apeamos el tratamiento, *mademoiselle*? Me gusta la etiqueta, pero en nuestro caso… ¿Por qué no me llama sencillamente Paul?

Ella sonrió.

—De acuerdo… siempre que usted me llame Kelly.

—¡Encantado! Bueno… sigamos… quiero que mantenga el florete en perfecta horizontalidad, ¿entendido? Todas las paradas con este arma se hacen moviendo la muñeca, como si intentase usted enroscar el arma del adversario.

—Entiendo.

—Y en cuanto logre desviar el florete de su enemigo… ¡tírese a fondo!

—Así lo haré.

—Pero... ¡cuidado! Tirarse a fondo no significa ofrecer generosamente el cuerpo al oponente. ¿Ha visto usted cómo se lanza una cobra?

Kelly frunció el ceño.

—No me gustan los ofidios, Paul.

—Eso no importa. La cobra se estira como un muelle, a una velocidad formidable. Se tira a fondo, pero se repliega inmediatamente después, dispuesta a lanzarse de nuevo. ¡Eso es lo que tiene usted que hacer!

Siguieron trabajando.

Paul hacía esfuerzos por contenerse. Como cada vez que empuñaba un arma, sus ojos helados se cargaban de estrías rojas. Poco importaba que su oponente fuera una muchacha. Desde detrás de la fina malla de la careta, miraba con asco el botón protector que mataba la acerada punta del florete.

—¿Cómo van esas clases?

La voz de James inmovilizó al marqués, pero Kelly aprovechando la ocasión, se lanzó a fondo, tocando con el botón el pecho de Paul.

—¡Tocado! —lanzó Bressiéres arrancándose la careta—. ¡Un golpe de maestro, Kelly!

—¡Eres maravillosa, hija mía! —exclamó Radcliffe—. Ahora, ya no pienso en lo que me hubiese gustado que fueras chico.

—Va a ser una esgrimista de primera —mintió Paul.

—Como lo habría sido yo de tener menos años.

Kelly se había quitado la máscara, y su cabellera brincó fuera como un chorro de hilos de oro.

—Paul es un maravilloso maestro de armas, papá.

—No lo dudo, hija. Y espero que será también nuestro futuro campeón.

—Haré lo que pueda, señor.

—No sea usted modesto, marqués.

Kelly se dirigió al francés.

—Me había prometido usted dar un paseo a caballo, esta tarde.

—¡Cuente conmigo, Kelly!

Salieron juntos, y míster Radcliffe, sonriente y feliz, soltó un suspiró, al tiempo que musitaba:

—¡Hacen una estupenda pareja!

* * *

De un golpe certero, Iván arrancó la espada de la mano de su oponente.

Quitándose la máscara y dejando el sable sobre la mesa, se dirigió hacia el rincón donde su hermano estaba sentado.

Fedor llevaba un anillo de plástico que le rodeaba el cuello. A pesar de todo lo que intentaron los médicos, a su regreso a Moscú, tuvieron finalmente que aceptar la realidad: el golpe recibido había desplazado algunas vértebras cervicales.

La carrera de Fedor como esgrimista había tocado a su fin en aquel restorán ruso de París.

—Has estado estupendo, Iván.

El esgrimista se sentó a su lado.

—Le mataré, Fedia, hermano mío.

—No debes comprometerte por mí. Fui un estúpido.

—No, Fedia. Se aprovechó vilmente de tu cólera, de tus nervios y de tu indignación.

—Es cierto.

—Ese hombre es de hielo, hermano. Está cargado de ansia homicida, y pelea como si fuera a quitar la vida a su adversario.

—Si hubiera utilizado el corte del sable, ¡me habría decapitado!

—En eso pensaba cuando te dio el golpe en el cuello.

—¡Miserable!

El rostro de Iván se ensombreció.

—Le mataré, Fedia.

—No podrás hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque un campeonato no es un lugar...

Iván le cortó con un brusco gesto.

—No llegará al campeonato, Fedor.

—¿Qué quieres decir?

—Dentro de un par de semanas, iré a Francia. Y le buscaré, sea donde sea, hasta que le encuentre. Lo demás será muy sencillo... le retaré a un combate a muerte, en un lugar solitario. Y acabaré con él.

Fedor se estremeció.

—No quiero que lo hagas, hermano.

—¿Qué dices?

—No quiero que lo hagas. No juega limpio. Y si estáis solos, se servirá de todas las tretas que conozca.

—Yo también tengo mis tretas.

—Lo sé. Antes has dicho que se aprovechó de mis debilidades de aquel momento. Igual hará contigo.

—¡Bobadas!

—Convertirá tu odio en un punto flaco, en tu talón de Aquiles.

—¡Lo veremos!

—Ten mucho cuidado, hermano. Tú no tienes la culpa de mi estupidez.

—¿Olvidas acaso que además de dejar inútil a mí hermano, hizo que Nadia me olvidase?

—No te ha olvidado.

—¿Y por qué no regresó de París?

—Porque estaba avergonzada de no haberme impedido que luchara con el marqués.

—No me ha escrito una sola carta, ni ha contestado a las mías.

—Sigue queriéndote.

—No sé. Iré a verla, antes de enfrentarme con ese cerdo. Y si compruebo, como temo, que su amor por mí ha desaparecido... ¡tendré un doble motivo para atravesar el corazón de ese aristócrata!

* * *

—¡No puedes más, Bruce! Dejémoslo por hoy...

—No. Sigamos un poco más, Cameron.

—Pero... ¡si van a dar las tres de la madrugada! Y mañana rodamos. ¿Lo habías olvidado?

—No.

—No es bueno sobrepasar una cierta fatiga, amigo mío. Los reflejos se enturbian.

—¡Está bien, maestro! —dijo el artista quitándose la careta.

Tomó Cameron la espada de la mano de su amigo, colocando ambos aceros en la panoplia.

—¿He avanzado algo? —inquirió Tavin.

Cameron se volvió lentamente hacia él.

—Mucho… pero no lo suficiente.

—¿Qué quieres decir?

—Te estás convirtiendo en un excelente esgrimista, pero te falta lo más importante, especialmente para enfrentarte al marqués.

—¿Qué es lo que me falta?

—Tienes que arrancar de tu pecho todo el odio que sientes hacia él.

—¿Y pensar como un asesino?

—No, de ninguna manera. No podrías imitarle, porque eres incapaz de desear la muerte de quien tienes enfrente.

—¿Entonces?

—Frente al ansia asesina de ese francés, tienes que desarrollar una especial alegría, el gozo intuitivo de quien sabe que va a vencer.

—Va a ser muy difícil.

—Lo sé, pero tienes que conseguirlo. El combate, cuando llegue el momento, ha de ser una especie de divertimiento para ti. El gozo debe ser lo que mueva el arma que empuñes.

—Entiendo.

—Debes luchar con la sonrisa en los labios. Y cada finta, cada golpe, cada parada, debe ir impregnada de una positiva alegría.

—¡Pides demasiado!

—Pido la sola cosa que puede darte la victoria sobre un tipo como ese.

Tavin lanzó un suspiro.

—Lo intentaré, Cameron.

—Haré lo que sea… con tal de que ese puerco beba hasta las heces el amargo cáliz de la derrota.

CAPÍTULO V

Sentado en su vieja mesa de despacho, el conde examinaba con ojos tristes las facturas que se acumulaban ante él. Solo el orgullo con que recibía a los acreedores, había salvado hasta entonces no pocas situaciones prácticamente insolubles.

Pero la paciencia humana tiene sus límites...

Reunidos los acreedores, cansados de esperar vanamente, habían solicitado la ayuda de un letrado. Y el castillo recibió la visita de Matre Laforge, portador de plenos poderes.

Finalmente, tras dos horas de tira y afloja, Julien Bressiéres había conseguido un último plazo de quince días.

Los ojos del conde se posaron sobre la hoja del calendario.

—Solo faltan cinco días —suspiró—. Después... será el final de todo.

Fue entonces cuando, decidiéndose de repente, alargó la mano para apoderarse del teléfono. Marcó un número de la región parisina, esperando impacientemente mientras la señal de llamada se repetía monótonamente en el auricular.

Por último, una voz sonó al otro extremo del hilo.

—Residencia de míster Radcliffe. ¿Qué desea?

—Soy el conde de Hauteville. Querría, si es posible, hablar con mi hijo, el marqués de Pontignac.

La voz del lejano fámulo se hizo untuosa.

—No se retire, señor conde... Un instante, por favor.

Hubo una corta pausa; luego:

—¿Padre?

—Hola, Paul. No hubiese querido molestarte, pero...

—¿Qué ocurre?

Hablaban en francés; pero, bruscamente, el conde empezó a expresarse en el dialecto bretón.

—Estamos en las últimas, hijo. Esos cerdos acreedores han solicitado la ayuda de la Ley. Un abogado vino a verme... conseguí un pequeño plazo que expira dentro de cinco días.

—Entiendo.

—Ya sabes que no tenía a mí alcance ninguna clase de solución, ya que todo lo que poseemos está hipotecado. Entonces, me dije que tú...

—Entiendo —repitió Paul—. Déjame el resto del día. Te llamaré mañana por la mañana. ¿Y las clases?

—Tus dos alumnos se han despedido. Dijeron que habían pagado para que tú les dieras clases, no yo.

—¡Los muy puercos!

—Lo que nos pagaban era un buen dinero, pero insuficiente para hacer frente a lo que tú sabes.

—Te llamaré mañana, papá.

—Que tengas suerte.

—Gracias. Adiós.

—Au revoir, Fils!

* * *

Desde la ventana de su estudio, Nadia volvió a verle. Nunca había imaginado que podría ocurrir tal portento, y la primera vez, hacía apenas una semana, que al asomarse por la ventana, vio al hombre, se estremeció de pies a cabeza, cerrando los puños con tal fuerza, que se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¡Canalla!

No había tenido la suficiente fuerza de voluntad como para regresar a Moscú y enfrentarse con Iván. Seguía considerándose la única culpable de lo ocurrido y, muy especialmente, de lo que le había pasado a Fedia.

Amando como quería a Iván, se decidió a no verle más, no contestando a sus cartas, como si desease infringirse un castigo, segura de que lo merecía.

¡Y todo por aquel maldito marqués!

No había odiado jamás a nadie. La vida le regaló todo lo que una joven puede desear; un sentido profundo y dulce del arte, una belleza serena y un hombre maravilloso del que seguía profundamente enamorada.

De repente, todo se vino ruidosamente abajo, como si una mano cruel hubiera derribado, sin el menor remordimiento, un castillo de

naipes que era, al mismo tiempo, la vida entera de una muchacha llamada Nadia.

Al ver a aquel hombre odioso, acompañado por la hija del multimillonario americano —la foto de Kelly aparecía a menudo en la primera página de las revistas—, la rusa comprendió los sucios propósitos de aquel aristócrata de corazón podrido.

Y poco a poco, mientras pintaba cuadro tras cuadro, en la soledad de su estudio, sin amigos ni conocidos, condenada voluntariamente a una soledad que formaba parte del castigo que se había impuesto, Nadia fue elaborando un plan con el solo propósito de vengarse.

Poco le importaba saber de antemano que para conseguir lo que deseaba, no poseía más armas que su propio cuerpo. Mas estaba dispuesta a cualquier sacrificio.

Y tras informarse de que Paul habitaba en la mansión del rico estadounidense, reunió todas sus fuerzas y sentándose ante la mesa, fue escribiendo lentamente la carta que iba a enviar al hombre que había destrozado su vida.

«Querido marqués: No es fácil para una mujer como yo tener que confesarse vencida. Pero hay dulces derrotas que se admiten con la sonrisa en los labios, y este es mi caso. He luchado con todas mis fuerzas para defenderme de estos sentimientos que, a mí pesar, me empujaban hacia usted. No puedo más. Me impresionó usted demasiado aquella noche, y aunque he intentado apartar su imagen de mi mente, solo he conseguido acrecentar más el deseo de cumplir aquella promesa de que habló en el restorán. Se diga lo que se diga, el destino de la mujer es caer en brazos del vencedor. Si desea verme, le esperaré, el próximo viernes, en la habitación número 288 del Hotel Royal, en la calle del mismo nombre, a partir de las diez de la noche.

»Una mujer que quiere cumplir fielmente su destino.

»Nadia».

* * *

—Puedes creerme, Kelly. Preferiría estar ante el acero del mejor espadachín del mundo, antes que tenerte que confesar ciertas

cosas.

Se tuteaban ya. La intimidad había ido tejiendo alrededor de ellos la dulce tela de un noviazgo indudable. Kelly le ofreció un cariño comedido y sincero, al tiempo que le tendió sus labios trémulos. Prudente, Paul no exigió más. Tenía ante él todo el tiempo del mundo...

—¿No irás a decirme que amas a otra mujer? —preguntó ella con una amplia sonrisa.

—Un caballero de mi estirpe no tiene más que un amor y una espada.

—¡Tonto! Estaba bromeando.

—Anda, háblame con franqueza.

—Me es muy difícil, chérie. Si hay algo penoso para mí, que soy todo menos un vulgar materialista, es hablar de... dinero.

—¿Qué te ocurre, Paul?

El marqués tardó unos segundos en contestar; antes, se apoderó de las manos de la muchacha, que besó con unción.

—Nunca sentiré vergüenza de ser pobre —dijo con voz trémula, mirando con pasión a la joven—. Sé que debería haber nacido antes, cuando la espiritualidad tenía el valor que merecía. Cuando un caballero podía destinar su vida a hacer el bien, ofreciendo sus victorias a la mujer amada.

—Eso es muy hermoso —suspiró la muchacha.

—Pero he nacido en estos negros tiempos. Mi padre y yo hemos luchado sin descanso por preservar nuestra heredad, la que nos dejaron nuestros mayores... pero las garras de los usureros, los rollizos tenderos que no entienden de más poesía que la de sus filetes y solomillos, nos han ido cercando como dragones sucios y repugnantes. Y ahora, amor mío, vamos a perder el castillo y las tierras... porque no podemos saciar el hambre de esos devoradores de dinero.

—¡Oh, no! —exclamó Kelly—. ¡No puedes dejar que ese hermoso castillo, que ardo en deseos de conocer, sea convertido en una fea fábrica o algo por el estilo.

—¿Y cómo voy a salvarlo?

—Paul, mírame... así. ¿Crees que te amaría de veras si no sintiese tus problemas como los míos propios? ¿Cuánto dinero necesitas?

Paul reflexionó rápidamente.

Había conseguido una fácil victoria, cosa que no le extrañó sobremanera. Mientras hablaba, poniendo una falsa emoción en sus palabras, vigilaba con el rabillo del ojo a la joven.

«¡Estúpida romántica! —pensaba—. Eres muy hermosa, pero tienes una cabeza de chorlito. ¿Qué puede saber de dificultades una niña mimada por la fortuna como tú? ¡Ese es el gran delito de los tiempos modernos! Los cerdos comerciantes, los hombres de negocio, se enriquecen, mientras los caballeros como yo, en otros tiempos poderosos por la fuerza de su espada, están condenados a recurrir a prestamistas y usureros!»

Conocía exactamente lo que su padre debía; unos 200.000 francos nuevos (3), pero no iba a dejar escapar la oportunidad que Kelly le brindaba, aunque, separándose de ella y con una intensa mirada de orgullo ofendido:

—¡Oh, no querida! ¡Jamás aceptaría un solo centavo que viniera de ti!

—No seas tonto, Paul. No voy a darte dinero, sino a prestártelo. Sé que ganarás el campeonato... además...

Su voz se truncó, y tras unos instantes de silencio:

—¿Es que no me quieres lo bastante como para casarte conmigo?

—¿Cómo puedes dudarlo, querida?

—Entonces, ¿qué importa que dispongas de un dinero que forma parte, cuando nos casemos, de lo que será tan tuyo como mío?

—Me abrumas... —dijo él bajando la cabeza.

Kelly se acercó al marqués, echándole los brazos al cuello.

—¿Cuánto necesitas?

—Exactamente lo que debo, ni un franco más.

—¿Cuánto es?

—300.000 francos.

Ella se echó a reír.

—¿Solo eso? ¡Apenas 50.000 dólares! Voy a hacerte un talón...

Paul lanzó un suspiro de satisfacción.

Había encontrado el filón con el que soñó toda su vida. Y cuando ella regresó con el cheque en la mano, la besó con pasión.

—Eres un ángel, Kelly.

—No tiene importancia. ¿Qué no haría yo por ti, amor mío?

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—Voy a tener que ausentarme un par de días. Quiero llevar este dinero a mí padre.

—¿Por qué no voy contigo?

—No esta vez, amor. Quiero, cuando vengas al castillo, a tu castillo… que todo lo que veas sea digno de ti.

—¡Eres un hombre extraordinario!

* * *

El pueblo era pequeño, recoleto y con ese encanto que poseen todas las pequeñas localidades normandas. Desde la ventana de la habitación del hotel, Iván miraba, más allá de la extensa arboleda, la silueta seria, en lo alto de la colina, del castillo de Bressiéres.

En contra de lo que había pensado al salir de Moscú, no fue a ver, cuando el avión le dejó en París, a su prometida. Pensó que el verla podía aminorar todo el odio que había ido concentrando en aquel tiempo, y que lo mejor que podía hacer, antes de entrevistarse con Nadia, era solucionar de una vez por todas la deuda pendientes con el marqués.

Se volvió, mirando el estuche que había dejado sobre la mesa de la habitación. Con una sonrisa a flor de labios, fue hacia la mesa y lo abrió.

El brillo del acero se reflejó en sus pupilas.

Miró, con arrobo, las dos magníficas espadas de Toledo, con la empuñadura repujada en oro; dos joyas que había adquirido, tres años antes, en un viaje que hizo a España. Un viaje, pensó lanzando un suspiro, en el que Nadia le acompañó, llenándolo con el encanto de su brillante personalidad.

Entornando los ojos, recordó las horas inolvidables que habían pasado juntos, especialmente visitando museos y de cómo ella se había maravillado ante los Grecos que vieron en la ciudad imperial, de la misma manera que habían pasado casi días enteros en la pinacoteca de El Prado.

Ella conocía de memoria el inmenso museo de l’Ermitage, en Leningrado, uno de los más importantes del mundo, así como el

Louvre de París; pero en la pinacoteca madrileña halló cosas nunca vistas y cuando estuvo plantada ante los lienzos de Goya, de los quiméricos Caprichos del inmortal aragonés, se quedó con los ojos inmensamente abiertos, cogida en el cepo de una intensa emoción que le atenazaba dulcemente la garganta.

Iván cerró el estuche.

Todavía no acertaba a comprender cómo el destino había elegido a aquel canalla de marqués para desmoronar sus más deliciosos sueños, sus más queridas ilusiones.

—No solo ha convertido a mí hermano en un inútil —murmuró entre dientes—, sino que me ha robado el amor de mi vida.

Puso la mano sobre el estuche, pensando en el instante en que empuñaría una de aquellas magníficas espadas.

Sabía que Paul estaba en París, pero algo le decía que el marqués vendría en cualquier momento a ver a su padre. Por el pueblo se corría la voz de que la Ley iba a expulsar a los aristócratas de su castillo. Un célebre abogado de la región había dado un corto plazo al conde para que pagara sus deudas.

Lo demás era pura lógica.

—Ese canalla —pensó— se las arreglará para sacar dinero a la hija de Radcliffe... y vendrá sin duda alguna al castillo.

No se equivocaba... aunque cometía un pequeño error, ya que antes de salir para Normandía, el marqués tenía, en aquel gris viernes, una cita con Nadia.

* * *

También la habían comprado en Toledo. Examinando la preciosa daga damasquinada que tenía en la mano, Nadia sonrió tristemente, pensando en lo que la tremenda decisión que había tomado iba a costarle.

Pero, ¿qué le importaba?

Estaba segura de que acabaría con sus huesos en la cárcel, y a pesar del efecto terrible que aquello le causaba, no dudaba en absoluto de llevar a cabo su plan, no pensando en otra cosa, apresada en una especie de obsesión que le hacía ver, cada vez que lo deseaba, el cadáver del marqués tendido a sus pies.

Nunca tuvo el valor de considerar fríamente lo que le estaba

pasando, y si en vez de rechazar de plano lo que su propia conciencia deseaba decirle, lo hubiera hecho, su obsesión habría desaparecido en el acto.

Pero ¿cómo confesar que, en el fondo de su alma, amaba al hombre al que deseaba matar.

* * *

—¡Magnífico, Bruce!

Se quitaron las caretas, riéndose como niños. Había hecho una larga sesión, sin medir tiempo, y ahora tenían la frente brillante de sudor y la respiración de ambos era bastante agitada.

—¡Vamos a la ducha!

Una vez bajo el chorro violento del agua, dejaron que el líquido arrancase de sus cuerpos la fatiga acumulada durante el largo combate; después, con el albornoz puesto, se dirigieron hacia el salón donde, como de costumbre, el mayordomo de Tavin les había preparado sendos vasos de jugo de naranja.

Se sentaron frente a la chimenea donde ardía alegremente la leña. La temperatura de la habitación, como la de toda la casa, era excelente, ya que además de la chimenea, cada estancia estaba dotada de varios radiadores de la calefacción central.

—¿Qué te ha aparecido? —inquirió el actor.

Antes de contestar, Cameron terminó de beber el contenido del vaso, posándolo sobre la mesita que separaba a los dos amigos.

—Has avanzado mucho, amigo mío —dijo con una sonrisa de íntima satisfacción—. En estos dos meses, tus progresos han sido notables.

Y tras una corta pausa.

—Pero, a fuerza de ser sincero, creo que donde has avanzado de forma sorprendente, ha sido en el florete. Tus torsiones de muñeca te dan categoría de maestro.

—¿No estás tan contento en las otras dos armas? —inquirió Tavin con un deje de decepción en la voz.

—No quiero decir eso. Manejas bien el sable, y te defiendes de forma excelente con la espada. Con ambas armas estoy completamente tranquilo.

Bruce miró fijamente a su amigo.

—Tú me ocultas algo, Cameron, ¿no es cierto?

El doble sonrió.

—Sí y no… —dijo al cabo de unos instantes—. Pero voy a hablarte claro. Ha llegado el momento de someterte a dos pruebas: la primera en privado; la otra en público.

—Si no te explicas mejor.

—Mañana por la noche, vendrás conmigo a mí vieja casa.

—¿A Escocia?

—Sí. Nunca te he llevado allí.

—Siempre me dijiste que estaba vacía.

—Te mentí.

—¿Qué quieres decir?

—Hay alguien. Ya sabes que voy allí muy a menudo, en cuanto tengo un momento libre… Mi padre está allí.

—Nunca me lo presentaste.

—Mañana le conocerás. El sí que te conoce, de oídas, ya que le he hablado de ti.

Hizo un gesto con la cabeza:

—Pero dejemos eso y hablemos de la segunda parte. ¿Has oído hablar de Lewia Tower?

—¿Y quién no? Es el campeón de florete del Reino Unido. Y ahora que hablamos de él, ¿sabías que no se presenta al campeonato «Kelly?»

—Sí, lo sé. Tower es un excéntrico, un caprichoso, aunque la verdad del asunto es que no se presenta más que a los campeonatos oficiales. Y, por si fuera poco, ¡detesta a los yanquis!

—Comprendo.

—Voy a hacerte una pregunta… ¿Te atreverías a batirte con él en público?

Tavin sonrió.

—Creo que deberías ser tú quien contestase a esa pregunta, Cameron.

—Es una idea que me ronda desde hace tiempo. Pensando en ello y sin decirte nada, hablé ya con Tower, que se mostró de acuerdo para batirse en una sesión pública en el Sword Club. Además, he hablado con dos periodistas amigos míos que darán toda la clase de publicidad al evento.

—Pero… ¿qué te propones?

—Es muy sencillo —repuso Cameron sin dejar de sonreír—. Para el marqués, tú podrías ser el enemigo número uno, debido a tus relaciones con Kelly. Pero él sabe que no estabas versado en esgrima y que, si le toca pelear contigo, te vencerá fácilmente. En realidad, ni siquiera piensa en tenerte frente a él, ya que el concurso es por eliminación y no puede creer que ganes ni un solo combate.

—Así es.

—Si ahora le demostramos que ya no eres el mismo, si comprueba que te has convertido en un esgrimista de primera clase, va a ponerse nervioso... y eso es precisamente lo que necesitamos. ¿Qué te parece la idea?

—¡Eres un tío estupendo, O'Neil!

CAPÍTULO VI

Mientras se quitaba la corbata, Paul vio cómo la mano derecha de la rusa, hundiéndose en el bolso, extraía la daga.

Sonrió.

Se había dado cuenta, desde que penetró en aquella habitación, que algo extraño bullía en la mente de la muchacha. Por eso se puso en guardia, pero sin dejar que su orgullo sufriera, absolutamente convencido de que saldría triunfante.

La vio avanzar hacia él, con la daga en la mano. Y a punto estuvo de echarse a reír, ya que los ojos de Nadia desmentían el propósito que su actitud parecía mostrar.

Se quitó rápidamente la camisa de seda, en cuyo lado derecho del pecho llevaba bordado su escudo y, volviéndose de golpe, con el torso desnudo, lanzó:

—¿Dónde quieres clavar ese acero, preciosa? Aquí me tienes... dispuesto a recibir la muerte de tus amadas manos...

La rusa era incapaz de percatarse de que el marqués estaba burlándose de ella. La pasión la cegaba; unos extraños sentimientos que habían nacido en su pecho en contra de su propio parecer. No, no pudo evitarlo. Desde que vio el singular combate en aquel restorán ruso, se prendó irremisiblemente de Paul Bressiéres.

Miró al hombre con los ojos desorbitados por el propio horror que sentía hacia ella.

Y dejó caer la daga sobre la alfombra.

Con una cínica sonrisa en los labios, el marqués se acercó a ella, tomándola en sus brazos para conducirla hacia el lecho.

* * *

Desde la ventana del hotel, a través de la potente óptica de los gemelos que empuñaba, Iván vio el coche del marqués, un viejo Citroën que se dirigía rápidamente hacia el castillo.

—Ese puerco ha conseguido el dinero —dijo—. Ahora, ya

puedo preparar mi plan.

Dos horas después, en un pequeño desfiladero, completamente aislado, por el que pasaba la carretera, más bien un camino vecinal, el ruso empezaba a cortar un árbol, preparando así la trampa que iba a tender a su odiado enemigo.

Cuando no dejó más que una porción ínfima del tronco, al que solo le bastaría empujar para hacer caer sobre el camino, trepó hasta lo alto del montículo, y sirviéndose de los prismáticos, empezó la larga vigilancia, sin perder de vista la puerta principal del castillo.

Había traído consigo el estuche con las espadas toledanas, de las que daría una al marqués. Luego empezaría el combate, una lucha a muerte, un duelo como los que se habían llevado a cabo en el pasado, pero sin testigos ni padrinos, con solo el cielo y los montes alrededor. Y uno de ellos, de los dos combatientes, quedaría desangrándose en el suelo…

Zukarov no temía a la muerte, pero deseaba darla a su adversario. La misma lógica de las cosas tendría que incluir la balanza del castigo hacia el culpable.

Cuando, finalmente, vio que el coche abandonaba el castillo, bajó apresuradamente del montículo y empujando el árbol, hizo que se desplomase, cortando el camino que pasaba por el estrecho desfiladero.

* * *

—Lo que no entiendo —dijo Tavin, sentado al lado de Cameron que conducía su coche—, es que consideres la visita a tu padre como la primera prueba.

O'Neil sonrió.

—Pronto lo verás.

El paisaje escocés ofrecía un aspecto fantasmagórico. Habían dejado atrás aldeas medio sumidas en la bruma y ahora el vehículo ascendía por una estrecha carretera sembrada de curvas peligrosas. Finalmente, ante ellos, en la cima de la colina, apareció la silueta del castillo.

—¿Eh? —no pudo por menos de exclamar el actor—. ¿No irás a decirme que esa es tu casa?

—Lo es.
—Pero… ¡si es un castillo precioso! ¡Granuja! No sabía yo que eras un aristócrata.
—Nunca lo he sido. Este castillo no nos pertenecía. Su dueño, Lord Wallington, lo legó a mí padre. Y yo he tenido que trabajar duro para mantenerlo. Ahora, Bruce, no lo vendería por todo el oro del mundo. Para mí padre, que pasó aquí gran parte de su vida, por no decir toda, es algo de lo que no podría prescindir.
Minutos después, atravesado el foso y franqueada la entrada, el coche se detenía ante la entrada, situada en el amplio patio de la fortaleza.
Un viejo mayordomo, de pelo blanco, les acogió con sincero gozo.
—¡Bienvenido, señor!
—¡Hola, Georges! ¿Y mi padre?
—Recibimos su llamada, señor… y está esperando en la sala de armas.
—¡Vamos, Bruce!
El castillo no era lujoso, pero ofrecía la sobriedad de los viejos tiempos. Armaduras y panoplias ornaban los muros del salón. Precediendo a su amigo, Cameron le condujo hacia una escalera que descendía directamente a la sala de armas, ubicada en el sótano del castillo.
Cuando penetraron en ella, Tavin vio a un hombre alto, vestido ya con el traje de esgrima, con un florete en la mano y la careta puesta.
—Hola, papá —dijo Cameron acercándose a su padre al que abrazó.
—Hola, hijo… hola, míster Tavin.
—Encantado de conocerle, señor O’Neil.
Cameron se volvió hacia su amigo.
—Vamos. Vístete.
Le acompañó al pequeño vestuario, en el que Tavin vistió el traje blanco de esgrimista.
—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió el artista.
—Estás extrañado, ¿verdad? —sonrió O’Neil que había adivinado lo que el otro pensaba—. Papá estaba avisado. En cuanto el viejo mayordomo ha visto el coche, desde la torre, ha ido a

decírselo para que se preparase.

—Sí, ya comprendo; pero, con toda franqueza, ¿a qué viene todo esto, Cameron? Yo estaba dispuesto a conocer a tu padre… y encantado al mismo tiempo. Pero, nada más llegar, me lo encuentro dispuesto a combatir conmigo.

—Luego te explicaré.

Volvieron al salón de armas y tras los preparativos del protocolo, cuando ambos contendientes llevaron el florete a su rostro, saludando al adversario, sonó la voz de Cameron que hacía de árbitro:

—¡En guardia!

Muy a pesar suyo, Bruce se mantuvo a la defensiva, pensando que estaba peleando con un anciano, y que no podía exagerar la nota, por miedo a ofender al padre de su amigo.

Mirándole, Cameron sonrió pero no dijo nada.

Tras algunos primeros intentos de ataque, el anciano, bruscamente, se tiró a fondo. El botón tocó el pecho de Bruce.

—¡Tocado!

—¡Defiéndete, Tavin! —le gritó Cameron.

El artista arremetió contra su contrario, pero no consiguió atravesar la formidable barrera de sus impecables paradas. De nuevo, el anciano tocó a Bruce en el hombro derecho.

—¡Tocado!

—Basta, padre —dijo O'Neil.

El hombre se quitó la careta y sonriendo.

—Es muy bueno, hijo, pero no ha querido luchar. Podría haberme batido con facilidad.

Cameron se volvió a su amigo.

—Como yo —dijo—, mi padre ha notado que no deseabas vencerle. ¿Por qué lo has hecho, Tavin?

—Yo…

El padre se acercó a ellos, y Bruce vio, con extrañeza, que la mano de hombre tanteaba para encontrar la suya.

—Enhorabuena, muchacho —dijo—. Es usted un excelente espadachín.

Bruce miró a su amigo, quien leyó la pregunta en los ojos de Tavin.

—Sí —dijo—. Mi padre está ciego.

—¡Oh!

—Hace diez años que perdió la vista; pero, como has podido comprobar, eso no es óbice para que siga manejando el florete… no podría hacerlo con sable o espada… pero con florete es distinto. Un verdadero esgrimista adivina y ve con la mano…

—¡Es formidable!

O'Neil se echó a reír.

—Ahora comprenderás por qué te he traído aquí. Vas a entrenarte unos días con mi padre. Luego, en Londres, pelearás con Tower… ¡con los ojos vendados!

* * *

—Nom de nom! —exclamó Paul frenando en seco.

El Citroën se detuvo a pocos centímetros del árbol que cortaba el camino. No era un árbol grande ni pesado, y el marqués descendió del coche, seguro de dejar el camino expedito en unos pocos minutos.

—Bonjour, marquis!

Paul se puso tenso, volviéndose para, con evidente sorpresa, encontrarse ante el ruso que tenía en la mano izquierda un largo estuche.

—¿Sorprendido? —sonrió Iván.

—Sí, un poco. ¿Has sido tú quien ha puesto el árbol a través del camino?

—Sí. Era la única manera de detener a un cobarde.

Paul palideció un poco, pero consiguió recobrar su sangre fría, esbozando una sonrisa divertida.

—¿Crees acaso que habría pasado de largo si te hubiese visto, ruso idiota?

—Es muy probable que lo hubieses hecho. Por eso, para estar seguro de que no podrías huir, tiré el árbol sobre la carretera.

—Bien… ¿y qué es lo que quieres? Aunque adivino, por el estuche, que deseas que nos batamos.

—Has dado en el clavo.

—¿Existe algún motivo válido para que peleemos?

Iván se estremeció.

—¿Y aún lo preguntas, canalla? ¿Has olvidado lo que hiciste

con mi hermano? ¡Basta! —abrió el estuche y sacando los dos aceros, los cogió por la punta, alargando las empuñaduras hacia el francés.

—¡Escoge una, marqués de los demonios!

Paul se apoderó de una de las armas, lanzando un tremendo tajo a su adversario, al que por poco coge desprevenido.

—¡Cerdo! —exclamó el ruso retrocediendo vivamente, al tiempo que daba vuelta a su arma.

Estaban, ahora, frente a frente.

Paul, que se limitó a hacer algunas fintas, con el propósito de estudiar a su adversario, notó, con una cierta preocupación, que Iván dominaba fácilmente su rabia, tornándose un combatiente frío.

Aquello no le convenía.

No podía permitirse el lujo de caer bajo el acero del contrario, y ni siquiera ser herido. Ahora que la suerte le sonreía, no podía, en modo alguno, comprometerse con la Ley.

Tampoco podía matar al ruso.

Y eso era, precisamente, lo que más rabia le daba. Pero hubiera sido absurdo cometer un crimen cuando, en París, le esperaba el triunfo, la gloria y la fortuna. De todos modos, no iba a dejar que aquel estúpido de Zukanov se fuera de rositas.

Desde los primeros golpes, se había dado cuenta de la frialdad que había adoptado Iván, convirtiéndose en un adversario sumamente peligroso.

Por dos veces consecutivas, tras sendas fintas, la espada del ruso estuvo a punto de herir al marqués.

Paul se mordió los labios.

Arremetió, pero se dio cuenta de que se dejaba llevar por la rabia, maldiciéndose en su fuero interno y esforzándose en recuperar la calma.

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea que podía desmoronar al ruso, haciendo que perdiera aquella peligrosa calma que le hacía ser extraordinariamente peligroso.

Por otra parte, aunque el camino era desierto y muy poca gente solía circular por aquellos parajes, Paul no deseaba que nadie les viese pelearse con los aceros en la mano.

Dio un salto hacia atrás, lanzando una sonora carcajada.

—¡Ríe, ríe, maldito! —gritó Iván—. Aprovéchate, antes de dejar de reír para siempre.

—Me río —dijo el marqués tirando una estocada que el otro paró en cuarta— de lo bien que lo pasé anoche con cierta dama que tú conoces muy bien...

—¡Además de cobarde, eres un maldito embustero!

—Puedo probártelo.

—Si piensas ponerme nervioso con tus mentiras —sonrió el ruso—, estás perdiendo lastimosamente el tiempo.

—Esa preciosa dama... —dijo el marqués dirigiendo un tajo al hombro de Iván, que paró con cierta dificultad— tiene un hermoso lunar justo bajo el seno derecho...

—¡Canalla!

—Y lo más curioso —prosiguió, implacablemente, el aristócrata— es que ese lunar tiene forma de estrella...

—¡Cerdo!

Iván, loco de furia, se lanzó como un meteoro sobre su enemigo, dando mandobles a diestro y siniestro.

Era lo que el astuto Paul estaba esperando.

Paró los golpes, retrocediendo con prudencia; luego, con los ojos fijos en un punto del brazo derecho de su adversario, hizo una finta al pecho, dejó que Iván parase y, saltando hacia atrás y luego hacia adelante, asestó una formidable estocada que atravesó el brazo de su oponente de parte a parte.

Iván tuvo que soltar la espada, pero aún loco de rabia, avanzó, ofreciendo el pecho a su enemigo.

—¡Mátame, marqués!

Paul volvió a tirarse a fondo, y la segunda estocada atravesó el brazo izquierdo del desdichado ruso. Este segundo golpe estaba fuera de las reglas de la esgrima y constituía un delito indigno e incalificable.

Mordiéndose los labios de dolor, Iván miró fijamente a su enemigo.

—¿Por qué no acaba conmigo, maldito cobarde?

Paul se echó a reír.

—¡No estoy loco, imbécil! Matarte significaría meterme en dificultades, enfrentarme con la ley... ¡No soy un idiota, Zukanov! Con esas dos magníficas estocadas que te he propinado, he segado

los nervios de tus brazos... ningún cirujano del mundo podrá lograr que vuelvas a empuñar un acero en tu vida...

Enloquecido, Iván se lanzó contra la espada del francés, quien la apartó justo a tiempo para que el otro no se atravesara el pecho con el acero. Al pasar junto a él, Paul le propinó un golpe en la cabeza, con la empuñadura de la espada.

Iván se desplomó en el suelo, sin conocimiento.

Paul arrastró el cuerpo hasta ocultarlo tras unos matorrales, comprobando que las heridas sangraban muy poco. Luego, tranquilamente, quitó el árbol del camino, subió al coche, tras recoger las dos espadas toledanas que guardó en el maletero, poniendo el vehículo en marcha.

Una sonrisa de triunfo ornaba sus labios.

CAPÍTULO VII

—¿Todo arreglado, Paul?

—Sí, amor mío. Gracias a ti.

—No digas eso.

Llevaban los caballos al paso, atravesando el boscoso paisaje que rodeaba la gran mansión del millonario norteamericano.

Kelly lanzó un suspiro.

—¿Sabes, Paul, que solo faltan treinta días para el campeonato?

—Estoy ardiendo de ganas de empezar, cariño.

—¡Ganarás!

—Eso espero. Y si me faltan fuerzas, me bastará pensar en ti para que se dupliquen. Tú eres mi dama... y ante ti he de inclinar la cabeza para que coloques sobre ella el laurel triunfo.

Un galope hizo que se volvieran al mismo tiempo, viendo llegar a un criado que detuvo a su cabalgadura junto a ellos.

—¡El señor les ruega que vuelvan inmediatamente a la casa!

—¿Ocurre algo malo? —inquirió la muchacha tornándose un tanto pálida.

—No, señorita. Nada malo, pero el señor desea verles ahora mismo.

—¡Vamos!

Galoparon sobre los briosos corceles. Cinco minutos más tarde, desmontaban junto a la escalinata, corriendo, cogidos de la mano, escaleras arriba.

James L. Radcliffe les esperaba en el salón.

—¡Bien! —dijo sonriente—. Llegáis a tiempo.

Y señalando el enorme aparato de TV ante el que estaba sentado:

—Van a darlo dentro de unos minutos.

—¿Dar? —inquirió Kelly que se había sentado junto a Paul en uno de los sofás—. ¿Qué es lo que van a dar, papá?

—Algo extraordinario, pequeña. ¡Un combate a florete que van a transmitir desde el Sword Club de Londres... y uno de los

esgrimistas, tal y como ha anunciado... ¡va a luchar con los ojos vendados!

Paul sonrió.

—Algún truco publicitario, señor Radcliffe —dijo con un tono despectivo en la voz.

—Es muy posible —concedió el americano—; por eso, mi querido marqués, he deseado que usted lo viera.

Justo en aquel momento, cesando la aparición de anuncios, surgió en la pantalla el rostro del locutor británico.

—Señoras y señores: nos honramos hoy en presentar algo verdaderamente excepcional. Ese rumor que oyen ustedes es el del gentío que ha llenado todos los asientos del local del Sword Club. Expectación completamente justificada, dada la calidad del espectáculo que va a ofrecerse. Por un lado, el campeón del Reino Unido, Tower... uno de los mejores floretes del mundo.

—¿Es eso cierto? —inquirió James volviéndose hacia Paul.

—Sí —asintió el marqués—. Tower es un excelente esgrimista.

—Y por otro lado —prosiguió diciendo el locutor—, un hombre extraño. De él, se ha dicho que ha cambiado mucho en estos últimos meses. Y aquí está para demostrarlo, atreviéndose a combatir con Tower... ¡con los ojos vendados!

—Un loco... —sonrió Paul.

—Hasta ahora —siguió el locutor—, ese hombre nos ha maravillado dentro de un mundo que hemos de confesarlo, se prestaba a toda clase de trucos. Ahora es muy distinto, ya que cerca de mil espectadores van a ser testigos de su singular hazaña. Se trata, como ustedes habrán adivinado, del cineasta norteamericano...¡¡¡BRUCE TAVIN!!!

—¡Oh! —no pudo por menos de exclamar Kelly.

Paul se mordió los labios.

—Ya decía yo que se trataba de un truco.

—Veamos —dijo James, muy serio.

La cámara enfocó el rectángulo de la pista de combate. Allí estaban los dos esgrimistas, de punta en blanco, pero con las caretas reglamentariamente colocadas bajo el brazo. El árbitro del encuentro charlaba animadamente con ellos.

En el extremo de la jirafa, el micrófono descendió hasta detenerse sobre las cabezas de los tres hombres.

—Detendremos el combate —decía el árbitro— cuando uno de ustedes haya hecho tres tocados. ¿De acuerdo?

Los dos hombres asintieron con la cabeza.

—¡A sus puestos!

Fueron a colocarse a la distancia reglamentaria. Un hombre se adelantó entonces hacia Tavin, llevando en la mano un pañuelo de color negro, cuidadosamente doblado.

—¡Es Cameron! —exclamó Kelly—. El doble de Bruce.

—Le conozco —gruñó el marqués—. Hice un mach nulo con él, en una ocasión.

O'Neil vendó los ojos de Tavin, quien se puso la careta, imitado por su contrincante. Cameron desapareció de la pantalla.

—Caballeros —dijo el árbitro—. ¿Preparados?

Los dos hombres se pusieron rígidos, llevando el arma al rostro, a guisa de saludo.

—¡En guardia!

Con el brazo izquierdo flexionado, los espadachines se hicieron frente, cruzando los aceros simbólicamente, antes de empezar el combate.

Los ojos de Paul estaban clavados en los floretes.

Tower inició el ataque, lanzándose por dos veces consecutivas a fondo. Tavin paró con relativa facilidad, pero se limitó a fintar, haciendo que su adversario iniciara sendas paradas sin objetivo concreto.

Un poco de palidez se pintó en las mejillas de Paul.

Comprendió enseguida, desde los primeros golpes cruzados, que Tavin no era el mal espadachín que él pensaba. Su dominio del arma que empuñaba demostraba sin duda alguna una soberbia maestría en el manejo del florete.

Sabía el marqués que, con los ojos vendados, todos los sentidos del esgrimista estaban en el tacto del florete del adversario, del que no separaba el suyo. Era como si percibiese las vibraciones del arma de su oponente, adivinando sus gestos, que no podía ver.

Tower hizo una torsión de muñeca, y Paul sonrió al pensar que el golpe que iba a seguir sería prácticamente imparable.

Pero se equivocó.

Tavin desvió el arma del contrario y, sin parar del todo, absolutamente seguro de sí mismo, lanzó el botón de su florete

hacia el pecho de Tower.

Cuando tocó a su adversario, la luz del cuadro —el traje estaba conectado eléctricamente con el panel— se encendió.

—¡Tocado!

—¡Es maravilloso! —exclamó el multimillonario.

Paul no dijo nada.

Momentos después, tras dos paradas impecables, Tavin dejó un hueco que Tower aprovechó sin la menor duda.

—¡Tocado!

—No podrá con él —dijo el marqués, pero nadie le contestó.

Miró de reojo a Kelly. Los ojos de la muchacha estaban brillantes y su boca entreabierta demostraba que la emoción le hacía respirar con cierto ritmo acelerado.

«¡Maldita sea! —pensó Paul—. Esta idiota está emocionándose y yo pierdo puntos ante ese cretino…»

Estaba furioso.

De nuevo arremetió Tavin, consiguiendo un nuevo tocado. Y casi enseguida, apenas reanudado el combate, fintó, haciendo que el florete de su enemigo se desviase en una parada inútil. Se tiró a fondo, haciendo que la luz del panel volviera a encenderse.

—¡Tocado!

El árbitro alzó la mano, mientras que el estrépito de una estruendosa ovación llegaba hasta el televisor.

—¡Ha ganado! —palmoteo Kelly.

Y James, volviéndose hacia el francés.

—¿Qué le ha parecido, marqués?

—Un buen combate —dijo Paul midiendo cuidadosamente sus palabras—. Me gusta mucho que ese Tavin haya avanzado tanto… ¡ahora sí que es un digno adversario con el que lucharé con muchísimo gusto!

* * *

Tenía que actuar.

Por mucho que le doliera, lo que había visto en la pantalla de televisión le demostró que Bruce ya no era el mismo de antes. Por primera vez en su vida, tuvo que admitir que tenía miedo.

No miedo a la muerte —y sonrió al pensar en ello—. Ningún

Bressiéres, a lo largo de la Historia, había tenido miedo a nada ni a nadie. Pero, paradójicamente, él tenía miedo... a la vida.

Ahora que gozaba de todas las comodidades concebibles en la mansión de los Radcliffe, y que su porvenir le auguraba una existencia como jamás se habría atrevido a soñar, su miedo radicaba en perderlo todo, volviendo a vegetar en el castillo, sin dinero, cargado de deudas, abocado al embargo y a la miseria.

Por eso, aquella noche, en su habitación, todavía con el sabor amargo que le había producido el programa de TV, la reacción de James y, muy especialmente, la de Kelly, Paul llegó a la conclusión de que no le quedaba más remedio que actuar, antes de que fuese demasiado tarde.

¡Debía tirarse irremisiblemente a fondo!

Consultó un mapa de la región parisina, y cuando hubo elegido el lugar adecuado, llamó por teléfono a su padre.

—¿Algo nuevo, Paul? —inquirió el conde con un ligero temblor en la voz.

—Nada malo, padre. ¿Has arreglado todo?

—Sí. No debemos un franco a nadie. Esos canallas me sonríen ahora, y todos están dispuestos a llenarme el castillo de cosas. Se han enterado de tus relaciones con esa millonaria y nos lamerán las botas.

—Lo comprendo, padre. Escucha ahora, por favor. Vas a llamar a los Le Goff, a los tres hermanos. Nos siguen siendo tan fieles como siempre, ¿no?

—¿Si lo siguen siendo? Te quieren con delirio. Tú les hiciste ganar aquel pleito, asustando al idiota del pariente de París que, a la muerte del abuelo, pretendía quedarse con todas sus tierras.

—Voy a darte la dirección de un hotel de París. Quiero que mañana estén aquí. Que cojan un taxi. No hace falta que reparen en gastos.

—Paul...

—¿Sí?

—¿De veras que no tienes problemas?

—En absoluto, padre. No te preocupes. Anda, apunta esto: Hotel Laforge, habitación 134, en el 111 de la rue Grenelle. ¿Lo has escrito?

—Sí.

—Estaré mañana a las once en esa habitación. Que suban directamente a mí cuarto, ¿entendido?

—Perfectamente.

—Hasta luego, padre.

—Au revoir, Paul!

* * *

Bruce se lanzó, asestando un golpe con la espada, que Cameron paró en cuarta. La espada de O'Neil no se detuvo un solo segundo y apenas detenido el golpe de su adversario, se lanzó a fondo, poniendo a Tavin en un brete, ya que tuvo que desviar el acero de Cameron en una apurada tercera; pero, aprovechando el ligero desequilibrio de su oponente y llevando a cabo un extraordinario molinete, que duró una fracción de segundo, se tiró a fondo, una vez conseguida la horizontalidad del arma, con tal fuerza, que el acero se dobló, cuando el botón de la espada chocó con el almohadillado del pecho de la chaqueta de su doble.

Todo se había desarrollado en menos de cinco segundos, y O'Neil, retrocediendo, quitándose la careta, se echó a reír jovialmente.

—¡Maravilloso, Bruce! Has reaccionado como yo esperaba. Pero, de haberte encontrado ante un adversario, por bueno que fuera, le habrías atravesado de parte a parte.

Tavin, que se había quitado la careta, sonrió a su vez.

—Todo te lo debo a ti, amigo mío.

—¡No digas tonterías!

—No digo tonterías. Tú eres el mejor maestro de armas del mundo.

O'Neil volvió a reírse.

—¡Bobadas! Y, aunque fuera cierto, lo que es verdad es que llevas la esgrima en la sangre. Antes de dedicarme a lo del cine, tuve decenas de alumnos… y ninguno aprendió tan velozmente como tú. —Porque yo lo necesito más que nadie, Cameron.

—Lo sé. Recuperarás a Kelly. Te lo aseguro.

—Así lo espero. Falta una semana para el campeonato, y ya sabemos que en el sorteo, me ha tocado el grupo B, encabezado por el italiano Veretti.

—¿Cuáles son tus primeros adversarios?

Tavin se dirigió al secretaire, abriendo un cajón del que sacó una lista.

—Mira, aquí tienes la relación de los dos grupos.

GRUPO B

Verette (Italia)
Queisada (Portugal)
Torres (España)
Tavin (EE.UU.)

GRUPO A

Brassiéres (Francia)
Givrenko (Rumania)
Velmair (Bélgica)
Bruniev (Hungría)

—Esos son los países que intervienen, ya que se trata de un campeonato no oficial.

—No veo el nombre de Zukanov.

—El ruso retiró su candidatura, nadie sabe por qué.

—¿Y cómo se desarrollará el campeonato?

—Es muy sencillo. Cada esgrimista del grupo A luchará con el que tiene en la lista B, frente a él. Eliminados unos y otros, llegará un momento en que no queden más que dos, de uno u otro grupo, eso no importa. Y serán esos dos los que lleven a cabo el combate final.

—¿Y las armas?

—Todas. Cada combate constará de tres partes: sable, espada y florete, en este orden.

Cameron puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—Si peleas como lo has hecho todo este tiempo, ganarás.

—¡Ojalá sea así!

—Por lo que veo en la lista, tu primer combate será contra el húngaro, ¿no?

—Así es. ¿Lo conoces?

—Sí. Bruniev es un as con el sable, no lo olvides. En espada y florete no es tan fuerte, pero se trata de un antiguo oficial de la caballería húngara... y un buen sablista.

—Lo tendré en cuenta.

—Ahora tengo que dejarte. Quiero pasar el fin de semana con mi padre. El lunes regresaré a Londres y nos veremos, ¿eh?

—¡De acuerdo!

—¡Hasta el lunes!

—Bye!

* * *

Arrellanado en un sillón, frente a la chimenea, Tavin hojeaba con interés un viejo tratado de esgrima, un precioso libro del siglo XVII, que Cameron le había prestado.

Cuando el timbre del teléfono desgarró bruscamente el silencio, Bruce se sobresaltó, tan ensimismado estaba en la lectura. Alargando la mano, descolgó el aparato, llevándoselo al rostro.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Bruce?

La voz era lejana, un tanto ronca, pero Tavin no pudo por menos de estremecerse. Todavía lleno de dudas, mientras su corazón latía desacompasadamente, inquirió con un hilo de voz:

—¿Quién es?

—Es que no me conoces, amor mío?

—¡Kelly!

—Sí, soy yo.

—Tienes la voz tomada. ¿Qué te ocurre?

—He llorado mucho, cariño… ¡Qué loca he sido!

—Cálmate, por favor. ¿Qué ha ocurrido?

—Mi padre… debe de haberse vuelto loco. ¡Me ha prometido con ese canalla de marqués!

—Pero…

—Perdí la razón, Tavin, ¡perdóname! Yo no sabía que ese hombre era un canalla… ¡te necesito!

—¿Qué quieres que haga?

—¡Ven por mí! Quiero irme contigo, donde quieras… ¡no puedo resistir por más tiempo esta horrible situación!

—Haré lo que tú me digas.

—¿Conoces un pueblecito llamado La Villiére? Está a unos 50 kilómetros al Este de París. Hay una casa, en las afueras del pueblo,

pintada de amarillo. Es de una amiga mía, que me la ha prestado para refugiarme allí.

—Entiendo.

—Coge el primer avión, alquila un coche en París… y ven por mí… ¡te lo ruego!

—No temas, amor mío. Iré enseguida.

—No tardes, Tavin… si ellos descubren dónde me he escondido, vendrán… y ese horrible hombre…

—Iré ahora mismo. Cogeré uno de los aviones nocturnos.

—¡Te quiero! ¡Ven!

Y la comunicación se cortó.

* * *

Paul cogió el teléfono de las manos temblorosas de Nadia.

—Lo has hecho maravillosamente bien, querida.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Eres un encanto.

—Te quiero con delirio, Paul.

—Yo también. Deja que me case con esa estúpida, y cuando su fortuna sea mía, me divorciaré y nos iremos juntos a vivir adonde tú quieras.

—¿De veras?

—¿Cómo puedes dudarlo?

Ella le atrajo hacia sí, besándole con pasión.

«¡Pobre cretina! —pensó el marqués—. Espera un poco y verás… en cuanto me case con Kelly, no volveré a verte nunca más…»

Saltó de la cama.

—Tengo que irme, mi amada Nadiuska.

—¿Ya?

—He de entrenarme, amor. ¿O es que no deseas ser la futura esposa de un campeón?

—Solo me interesas tú, Paul. Tomé por odio el amor que sentí por ti desde aquella noche, en el restorán…

—Yo también te amé desde que te vi.

—¿Volverás mañana?

—Haré lo posible, corderilla mía. Pero, si no pudiera venir, ten un poco de paciencia. El campeonato va a tener lugar dentro de

pocos días... después, ¡no me separaré de ti ni un solo instante!

CAPÍTULO VIII

El cenicero estaba lleno de colillas. Paul se había echado un par de veces en la cama de la habitación del hotel, pero no permaneció demasiado tiempo en aquella postura.

Tenía los nervios a flor de piel.

El azar y la idiotez de Iván le habían permitido eliminar del campeonato a un enemigo peligroso; ahora, gracias a su decisión, a su inteligencia y a su astucia, iba a poner fuera de combate a Bruce Tavin.

Sus expertos ojos de maestro de armas y consumado esgrimista, le hicieron ver, en aquel programa de TV, que aquel mequetrefe de artista de cine se había convertido en un verdadero as con el acero en la mano.

Y no podía arriesgar, por nada ni por nadie, la colosal fortuna que estaba en camino de conseguir.

Cuando, hacia las cinco de la mañana, llamaron a la puerta de la habitación, el marqués dio un salto, precipitándose a abrir, con el corazón en la boca.

Los tres hombres entraron.

Eran altos, fornidos, con aire de hombres primitivos, frente estrecha, ojos hundidos en profundas cuencas, labios finos que una cínica sonrisa ornaba.

Paul se dirigió al mayor de los hermanos.

—¿Y bien, Pierre...?

—Sus órdenes han sido cumplidas, señor marqués.

—¡Explícate!

—Como usted nos ordenó, entramos en aquella casa... y esperamos. Desde la ventana del piso de arriba, veíamos la carretera. Un poco antes de medianoche, vimos, a lo lejos, los faros de un coche que se acercaba rápidamente. Le dije a Claude que saliera fuera de la casa y se escondiese entre los árboles, cerca de la puerta.

—Sigue.

—Cuando el coche se detuvo y el hombre fue a llamar a la puerta, Claude le golpeó en la cabeza. Le metimos dentro de la casa…

—¿Y entonces?

Pierre se echó a reír.

—Hicimos lo que usted nos ordenó, señor marqués… le pisamos las manos, uno tras otro, con todas nuestras fuerzas… y con las botas claveteadas.

Paul sacó una foto del bolsillo, mostrándosela a los tres hombres.

—¿Seguro que era este?

—¡El mismo! Le aseguro, señor marqués, que ese tipo tardará muchos meses y con ayuda de buenos especialistas, en volver a poder manejar sus manos… si es que lo consigue.

* * *

La curiosa y moderna, aunque de corte antiguo, sala de armas creada por el multimillonario americano estaba rebosante de público.

Periodistas de todo el mundo, cámaras de televisión, cámaras fotográficas y flahses funcionaban sin interrupción. Los altavoces no dejaban de anunciar con voz estentórea los nombres de las parejas de esgrimistas que, una tras otra, medían sus armas en la pista.

—Y ahora, en combate a sable, van a medir sus armas Velmer, de Bélgica y Torres, de España.

Brillaban los aceros, y su entrechocar era el único sonido que rompía el silencio intenso que reinaba allí.

—¡Tocado!

El belga acababa de recibir un golpe en plena careta. Atacó con furia, pero el español paró con elegancia, aprovechando un vacío para tirarse a fondo.

—¡Tocado!

El público rugía de placer.

Medio minuto más tarde, la punta del sable de Torres tocaba el flanco del adversario.

—¡Tocado!

El belga había sido eliminado a sable.

—¡Atención! Combate de la máxima importancia. ¡A florete! Por un lado, Veretti, campeón de Italia y por otra parte, Paul Bressiéres, marqués de Pontignac, campeón de Francia… ¡Un momento! Faltan treinta minutos, según el reglamento del campeonato «Kelly» para que el esgrimista estadounidense Bruce Tavin quede eliminado por ausencia…

En el palco presidencial, Kelly, con la mirada triste, murmuró.

—¿Qué le habrá ocurrido, padre?

—No lo sé, pequeña. También a mí me duele que Bruce no esté aquí. ¿Sabes una cosa?

Ella no dijo nada.

—He terminado por darme cuenta de que el marqués no me gusta nada. Hay algo helado en ese hombre… que me produce escalofríos, pero puesto que tú…

—No sé, papá. De todas formas, he prometido ser su esposa… y no soy de las que se vuelven atrás.

—Creo que hemos cometido un grave error, hija mía… pero no te preocupes. Si lo que desea, como me temo, es dinero, le daré lo que quiera con tal de que te deje en paz.

—¡Tocado!

Paul acababa de tocar al italiano.

Entonces, convertido en una verdadera furia, Veretti se lanzó al ataque. Su florete se movió con tal ímpetu, que Paul se vio obligado a retroceder, acercándose peligrosamente a la línea de la pista.

Amplias estrías sangrientas aparecieron, bajo la máscara en los ojos del marqués.

—¡Maldito! —rugió—. ¡Lástima que el florete lleve botón! Pero, de todos modos, voy a darte tal lección que si tienes un poco de dignidad, abandonarás el campeonato.

Estaban ya los pies del marqués rozando la línea; pero, de repente, aprovechando el juego del florete enemigo, llevó a cabo una poderosa torsión de muñeca. Como si una mano invisible hubiese arrancado el arma de los dedos del italiano, su florete salió lanzado por los aires.

Un rugido de admiración brotó del gentío.

Veretti se arrancó brutalmente la máscara. Estaba pálido como un muerto. Porque ningún profesional puede permitir que alguien

le arranque el arma de las manos.

Se acercó a la mesa de jueces, murmurando algo.

Y los altavoces, momentos más tarde:

—¡Atención! El campeón italiano se retira de la competición.

El rostro del marqués, cuando se quitó la máscara, expresaba una alegría salvaje.

Y justo en aquel instante, los altavoces:

—¡Silencio, por favor! Tenemos que comunicarles una gran noticia... ¡Acaba de presentarse el representante de los Estados Unidos, Bruce Tavin!

Paul se mordió los labios.

¡Era imposible!

Mientras se retiró para dejar paso a la siguiente pareja, estaba frenético. Y una vez en su cuarto, cada combatiente tenía su propio camerino, se miró en el espejo, percatándose de que estaba fuera de sí.

—No puede ser —rugió en voz baja—. Aquí hay gato encerrado.

¡Y claro que lo había!

La solución a aquel rompecabezas surgió de su mente como un cohete. ¡Qué idiota había sido! Porque no le cabía la menor duda de que Tavin había dejado a su doble que ocupara su sitio en el campeonato.

—Te crees muy listo —rezongó precipitándose al teléfono. Y después de pedir comunicación con Le Cinéma Mondial, la mejor revista de cine que se publicaba en Francia, obteniendo a uno de los más relevantes redactores—: Estoy escribiendo una biografía de Bruce Tavin —mintió—. ¡Podría usted decirme si ese famoso actor tiene alguna señal en el cuerpo?

—Un momento, por favor.

E instantes más tarde:

—¿Oiga? Sí. Bruce Tavin sufrió un accidente en motocicleta, cuando tenía diecinueve años... Tiene una cicatriz en el pectoral derecho, allí donde se clavó el cristal del espejo retrovisor.

—Muchas gracias.

Paul sonrió.

Esperaría a que Tavin, el falso Tavin, fuera a enfrentarse con él. Entonces, ante los espectadores, demostraría el fraude... y ni siquiera tendría que combatir para ser proclamado campeón.

* * *

Había llegado el intermedio. La gente discutía con calor de la marcha de los combates, y casi todo el mundo daba ya como campeón al francés.

—Señoras y señores —dijo el altavoz—. He aquí la marcha de las pruebas hasta estos momentos. Han sido eliminados los siguientes esgrimistas: Veretti, de Italia, que se ha retirado voluntariamente, Velmair, de Bélgica, Quesaida, de Portugal y Givienko, de Rumania. Quedan en liza los siguientes, con las puntuaciones que se señalan junto a sus nombres: en cabeza, Bressiéres, de Francia, con 96 puntos; detrás de él, Tavin, de Estados Unidos, con 94 puntos, faltándole un combate por haber llegado con retraso; Torres, de España, con 85 puntos y Bruniev, de Hungría con 72 puntos.

El locutor hizo una pausa.

—Los combates que van a celebrarse en la segunda parte serán, en este orden: Tavin contra Bruniev y Torres contra Bressiéres. Debido a las eliminatorias hechas hasta ahora, el combate entre el español y el húngaro será a sable, mientras que el francés y el español pelearán a espada. Los ganadores llevarán a cabo el combate final a florete, determinándose así al campeón y al subcampeón de este emocionante torneo.

* * *

¡En guardia!

Bruniev, tras la máscara, sonreía.

Nada más cruzar el acero con su oponente, se dio cuenta de su propia superioridad. Había pasado la mitad de su vida con el sable en la mano.

Estaba seguro de la victoria.

No tardó mucho tiempo, tras un ataque brutal, en conseguir el primer golpe.

—¡Tocado!

¡Tenía la victoria en el bolsillo!

Volvió a atacar, con la misma violencia que si se encontrase en un campo de batalla. Molinetes, golpes, estocadas, que el

americano fue parando con precisión y seguridad.

Bruniev frunció el ceño.

Tenía que cesar a su oponente, romperle la mano, esa táctica que todo buen sablista posee, y que consiste en dejar, tras cada golpe de ataque, que la hoja propia resbale por la del adversario, sin perder fuerza, golpeando salvajemente la cazoleta de la empuñadura.

La vibración que el choque de los metales produce es tan intensa, que el dolor se extiende por la mano del adversario, como si su diestra fuera recorrida por una fuerte corriente eléctrica. Por eso precisamente, un buen esgrimista alza el sable, empujando el del contrario para evitar el choque con la cazoleta.

Bruniev aplicó sabiamente la táctica, preocupándose únicamente de cansar la mano de su oponente.

Ese fue su error.

Aprovechando aquella especie de cabezonería del húngaro, su enemigo separó brutalmente el sable de su enemigo, propinándole un tremendo golpe en el cuello.

—¡Tocado!

Era más que tocado, ya que un dolor vivo, a pesar de la protección de la base de la careta, corrió por las vértebras cervicales del húngaro.

—¡Maldito cerdo! —murmuró lanzándose furiosamente a un ataque a base de pinchazos.

El otro retrocedió un par de pasos; luego, alzó el sable descargándolo con rabia sobre el acero del adversario, y sin darle tiempo, se lanzó a fondo, clavando el arma en el acolchonado del peto del húngaro.

—¡Tocado!

Apenas se reanudó el combate, cuando Bruniev vio venir el golpe sobre su hombro derecho. Paró, o quiso parar, en sexta, pero el acero del oponente no hizo más que dibujar una preciosa finta, y la muñeca, realizando un giro completo, hizo que el arma se abatiese imparablemente sobre el hombro opuesto.

Bruniev había sido eliminado.

En su asiento, al borde de la pista, Paul se mordió los labios.

No le extrañaba la victoria de Cameron. Le conocía lo suficiente como para saber que era un esgrimista de primerísima fila.

Pero sonrió.

«De poco va a valerte tu arte, cerdo —pensó—. Cuando te dispongas a batirte conmigo, vas a llevarte la sorpresa más grande del mundo».

* * *

Después de haber iniciado un combate de forma brillantísima, Torres, que consiguió tocar dos veces consecutivas al marqués sucumbió ante la maestría de Bressiéres, quedando eliminado.

—¡Diez minutos de descanso antes del combate final! —anunció el locutor.

La emoción del público había alcanzado su cénit.

Y cuando, trascurridos los diez minutos de receso, aparecieron los contendientes en la pista, una ovación cerrada saludó a los que iban a luchar noblemente por el título de campeón.

Se acercó el árbitro a ellos, y el marqués, con una sonrisa en los labios:

—Desearía, si es posible, decir unas palabras al público.

El árbitro frunció el ceño.

—No es algo que esté previsto en el reglamento, pero no veo nada que pueda impedirlo. Puede hacerlo…

Paul se acercó al micrófono y con voz potente:

—¡Atención! Es sumamente doloroso para mí tener que formular una grave acusación… el esgrimista que tengo ante mí no es el señor Tavin, tal y como todos ustedes creen… sino su doble en el cine, el británico Cameron O’Neil.

El escándalo fue mayúsculo.

Tardaron más de quince minutos en conseguir que el silencio se reinstalara en la sala de armas.

Luego, el presidente de los jueces, acercándose a Paul, que seguía con el micrófono en la mano:

—Espero, señor marqués —le dijo con un tono severo en la voz —, que su afirmación esté respaldada por pruebas irrefutables… ya que se expone usted a ser expulsado…

—¡Claro que tengo pruebas! Bruce Tavin sufrió un grave accidente de motocicleta cuando tenía 19 años. Tiene, en el lado derecho del pecho, una cicatriz…

—En ese caso, no nos queda más remedio que verificar.

Y volviéndose hacia el oponente, que no se había movido de su sitio.

—Señor... quien quiera usted que sea... ¿tiene la amabilidad de desnudarse de cintura para arriba?

Sin una palabra, el esgrimista dejó la careta en el suelo, se desabrochó la chaqueta, dejando el tórax al aire.

Una exclamación brotó de todas las bocas.

¡La cicatriz estaba allí, sobre el pectoral derecho!

Pálido como un muerto, Paul se quedó inmóvil implacable:

—Lo lamento, señor marqués... pero queda usted eliminado...

—¡No!

Era la voz de Bruce, que se había vuelto a poner la careta.

—Considero —dijo— que solo el miedo a batirse conmigo ha dictado esa conducta al señor marqués. Con permiso de todos, deseo que el combate se celebre.

Hablaron unos instantes los jueces, y su representante:

—¡Sea!

Momentos después, ya frente a frente, la voz del árbitro lanzó:

—¡En guardia!

Nunca se había visto nada igual.

Pareció como si ante un Tavin genial, Paul se fuera haciendo más y más pequeño. Antes de que pudiera reaccionar ya había sido tocado dos veces.

Luego, demostrando una maestría formidable, Bruce enroscó el florete de su adversario, arrancándoselo de las manos.

El público rugía de entusiasmo.

Y fue en aquel preciso instante cuando una pareja de hombres, seguidos por un grupo de gendarmes, irrumpió en el local.

—¡Policía!

Y acercándose a Paul, que acababa de quitarse la máscara.

—Señor marqués de Pontignac... ¡queda usted detenido!

Solo entonces vio Paul, junto a los gendarmes a la silueta de Nadia.

EPILOGO

Habían sentado al ciego junto a la balaustrada, en la amplia terraza de la mansión parisina de los Radcliffe. Sobre la mesa, los criados habían servido refrescos y canapés. A un lado, cerca de su padre invidente, Cameron sonreía, con las manos enfundadas en vendas.

—Nunca podré perdonártelo —dijo Bruce mirando con cariño a su amigo.

—Fue por pura casualidad —dijo O'Neil—. Cuando salí de tu casa, mi coche no quiso ponerse en marcha. Volví a tu casa para que me prestases uno de los tuyos... y te encontré dispuesto a salir de viaje.

—¡Me había llamado por teléfono!

—Ya sabes que no fue ella, sino Nadia. Yo me olí la tostada enseguida. Cuando me dijiste que la voz era un poco extraña, como si estuviese ronca o llorase, pensé que se trataba de una jugarreta del marqués.

—¡Y por eso tenías que pegarme aquel puñetazo?

—Era la única manera de impedir que fueras a la cita.

—Y fuiste tú.

—Cometí el error de creer que el marqués quería batirse contigo... a muerte. Me llevé un florete de tu casa, pero de poco me sirvió, ya que me atizaron cuando llamaba a la puerta.

—Y te deshicieron las manos.

—¡No tanto! Los médicos dicen que estaré como nuevo dentro de un par de meses.

—¡Ha sido horrible! —dijo.

—Para ese marqués —intervino su padre—. Porque además de la acusación que pesa sobre él y sus cómplices, por la agresión de que Cameron fue objeto, hay una reclamación de la Embajada rusa, acusándole de haber dejado inútiles a los dos hermanos Zukarov.

—Va a pasar entre rejas lo que le queda de vida.

—¿Y Nadia? —inquirió Kelly.

—Ha regresado a Moscú para cuidar de Iván, con el que va a casarse.

—Entonces, ¿nunca estuvo enamorada de Bressiéres?

—¡Qué va! Es una mujer maravillosa, que pensó en vengar a su novio y a su futuro cuñado. Se sacrificó, eso sí, pero consiguió lo que se proponía.

Bruce alzó la mano.

—Bueno, dejemos de hablar de cosas tristes. Y tú, Cameron, procura curarte pronto.

—¿Por qué esa prisa?

—Porque Kelly y yo vamos a casarnos… y tú has de ser el padrino de la boda.

O'Neil se echó a reír.

—¿Y para eso, qué importan mis manos? Mientras tenga boca para besar a la novia… ¡habrá más que suficiente!

FIN



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

[1] Célebre campeonato anual francés.

[2] ¡Adelante, compañero!

[3] 3.400.000 pesetas, aproximadamente.